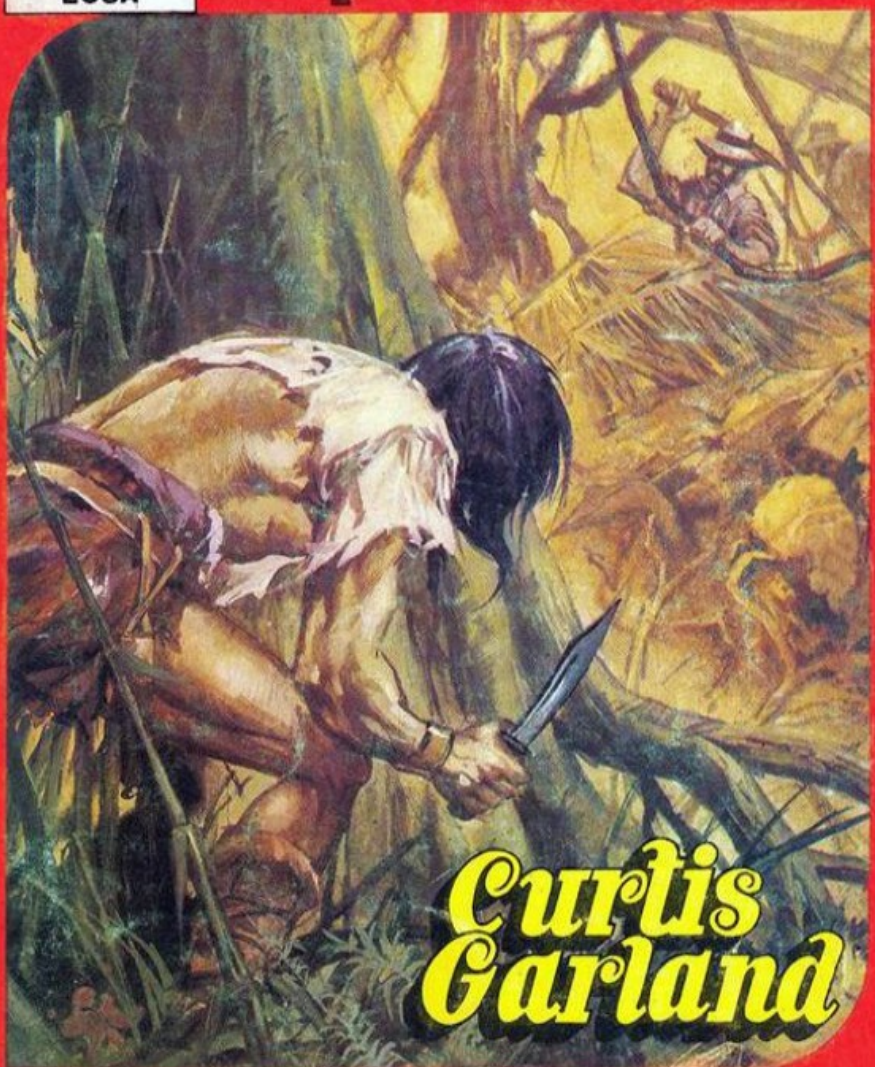
tam tam

NOVELAS ECSA

En busca del eslabón perdido



Curtis Garland

EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO

TAM Nº 1

Autor: Curtis Garland
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.76

Capítulo Primero

LONDRES

—¿EL eslabón perdido? ¿Es eso lo que ha dicho, lord Kellaway?

—Sí, profesor. ¿Qué puede decirme sobre ello?

—Nada que usted no sepa, probablemente —suspiró el profesor Wasserman, moviendo la cabeza con aire distraído—. Está demostrado que existió una evolución gradual de una rama del mono, hasta convertirse en lo que hoy es el Hombre. Se hallaron fósiles que demostraban esa teoría, tanto en Europa como en Asia y Africa. Las últimas teorías apuntan a este último Continente como posible cuna del *Homo Sapiens*, hace aproximadamente seiscientos mil años, aunque algunos otros investigadores eleven esa cifra al millón largo de años. De todos modos, ello sucedió dentro del Período Cuaternario, probablemente en el Pleistoceno medio. La especie que se transformó en *Homo Erectus*, conocido también como *Pithecanthropus* inicialmente, fue quizás una determinada rama de simios que evolucionó, mientras otra permanecía invariable, y constituye hoy la que conocemos en su estado actual, no muy distinto al que tuviera entonces.

—¿Y dónde pudo producirse el cambio, la transformación de esa rama simiesca en un bípedo inteligente, según la Ciencia? —se interesó lord Kellaway, tomando un lento sorbo de su copa de oporto, al calor de la lumbre de su chimenea, mientras fuera, en la ciudad, lloviznaba en un día gris y triste, tan diferente a los vividos recientemente en Indonesia, bajo el sol tórrido de los trópicos.

—Sobre eso hay diversas teorías, pero ninguna basada en hechos probados. Mientras hay paleontólogos que sitúan al primer hombre inteligente en África, más bien hacia su cono sur, otros siguen sosteniendo que Mesopotamia o Asia Central fue la cuna del Hombre que actualmente conocemos, con ligeras variantes.

—¿Y Java?

—Java tiene tantas posibilidades como cualquier otra región del

globo —manifestó el profesor Wasserman, encogiéndose de hombros y volviendo a rellenar de tabaco aromático su pipa de cedro, con parsimonia—. Después de todo, en Java fue encontrado un fósil humanoide, lo mismo que en Pekín. El profesor Black, de la Universidad de Pekín, le dio a ese hombre primitivo el nombre de *sinanthropus pekinensis*; y se probó que era contemporáneo del «hombre de Java» e incluso del «hombre de Heildelberg». Ello quiere decir que ni uno ni otros eran realmente los primeros, y que aquellos antropomorfos ya procedían de un pasado, quizás no muy remoto, pero tampoco cercano en exceso, en el que, atendiendo a la simbología bíblica, podríamos decir que Dios infundió de alma y entendimiento a su Criatura, convirtiéndola en antecesora de lo que es hoy.

—Ahí quería yo llegar, profesor: se dice que el momento supremo en que Dios insufló alma e inteligencia al Hombre primitivo, ya fuese mono o bien homínido… sería el ansiado «eslabón perdido» de la Humanidad. Es decir, el momento en que una especie viviente dejó de caminar a cuatro patas y cazar para comer, sin más, para convertirlo en alguien pensante, dotado de ciertos sentimientos, capaz de crear objetos con sus manos…

—Así es —sonrió el profesor con ambigüedad—. El «eslabón perdido»… Todo un sueño de la Humanidad, lord Kellaway. Hay fósiles que nos hablan de esa evolución. Pero nada concreto sobre el instante preciso, sobre el auténtico *primer* hombre.

—Yo he oído a un hombre hablar de ese «primer hombre», profesor.

—¿De veras? —la incredulidad asomó inconfundible a la voz del científico. Meneó la cabeza, contemplando la brasa de su recién encendida pipa—. Por Dios, lord Kellaway, ¿quién era ese hombre?

—Un náufrago en las islas indonesias, a punto de morir víctima del veneno mortal de una herida ponzoñosa causada por algún arma primitiva…

—¿Y va a creer la palabra de un hombre así? Sin duda no sabía lo que decía.

—Se llamaba Doc Howard. Así, al menos, era conocido en las islas. Le llevamos, ya cadáver, a tierra firme. En la ciudad de Surabaya, en la isla de Java, fue enterrado, tras hacerle la autopsia. Esta reveló que un veneno vegetal desconocido le había ocasionado la muerte, al estar empapada de él un arma cortante de naturaleza desconocida. No tenía familia ni amigos. Murió solo y vivió solo. Era un vagabundo de las islas, un antiguo marino con el título de doctor. Su nombre real era

Brian Howard.

—Sin duda el pobre diablo deliraba si le habló de un hombre primitivo, a menos que hubiera hallado un fósil. Y aun así, nada probaría que ese fósil pudiera corresponder nada menos que al primer ser inteligente de la Creación.

—¿Qué me diría si añadiese que aquel hombre era doctor… en biología? Y además, bastante experto en Paleontología. En el museo de Ciencias Naturales de Yakarta, cuentan con más de cincuenta muestras fósiles halladas por él en las islas.

—¿De veras? —el profesor frunció el ceño—. Eso cambia las cosas. Pudiera ser que hubiese hallado algo realmente importante, pero lo que es el «eslabón perdido»… no sé, lord Kellaway. Yo diría que eso es aventurar demasiado.

—Claro que es aventurar —sonrió el aristócrata, con sus azules pupilas brillando al resplandor del hogar crepitante—. La aventura me gusta, profesor. Siempre me gustó. Sobre todo, cuando tiene aspectos tan positivos y concretos como éste…

Y abriendo una gaveta del mueble inmediato a su asiento, extrajo un negro paño aterciopelado, que desenvolvió con lentitud, hasta mostrar, ante los atónitos ojos de su interlocutor la resplandeciente roca cristalina que emergía del terciopelo como un sol en extraño y fulgurante amanecer.

—¿Qué es eso? —jadeó, estupefacto, el profesor Wasserman, clavando sus ojos en la piedra.

—Ya lo ve: un diamante sin tallar, de rara magnitud y calidad. Un auténtico prodigio de la Naturaleza, diría yo. Un carbón purísimo que, una vez tallado, puede llegar a valer en el mercado más de un cuarto de millón de libras…

—Cielos…

—No soy experto en gemas preciosas, profesor. Pero he hecho examinar esta pieza por mi joyero particular. Suya es la evaluación aproximada, cuya oscilación definitiva depende en mucho de la calidad del facetado que se le haga posteriormente.

—Entiendo. ¿Eso lo ha traído de Indonesia?

—Sí.

—Creí que allí sólo había caucho, estaño y perlas… —sonrió el científico, sin revelar codicia alguna ante la visión de la piedra preciosa.

—Yo también lo pensaba. Sin embargo, hay algún lugar en esas islas donde las capas carboníferas deben mantenerse ocultas, con toda su

riqueza en diamantes, ignorada por cuantos allí viven. Eso forma parte de la aventura, profesor. Supone un tesoro natural de valor incalculable. Pero, al mismo tiempo, la posibilidad de que aquel pobre vagabundo de las islas, estuviese en lo cierto y no delirase. Lo cual significaría que el «eslabón perdido» está en una de esas islas, esperando ser hallado.

—Aunque ese hombre fuese biólogo y paleontólogo, dudo mucho que no delirase en esos momentos.

—No deliró para hablar de los diamantes —objetó lord Kellaway.

—En conclusión, ¿qué pretende usted? —indagó francamente el científico, dirigiendo una mirada directa a su interlocutor.

—Creo que lo sabe ya —sonrió el aristócrata inglés con suavidad—. Buscar esa mina diamantífera es ya de por sí una gran aventura. Pero intentar dar con el primer hombre que Dios tocó con su mano, tal como fue en su tiempo y momento, es aún más fascinante y embriagador, incluso para un profano en Ciencias como yo…

—¿Está dispuesto a ir allí en su busca?

—Sí, profesor. Por eso le he citado hoy aquí. ¿Querría formar usted parte de mi expedición a Java?

—Estoy seguro de que sea cual sea mi respuesta, usted terminaría por convencerme de eso, lord Kellaway —sonrió a su vez el paleontólogo echando una bocanada de humo de su pipa, apaciblemente retrepado en la butaca de alto respaldo y mullido tapizado—. De modo que ganaremos tiempo si le respondo que sí…

—Bravo, amigo mío —ponderó el noble—. A eso le llamo yo tener sentido práctico. Tenemos casi completa la expedición: mi sobrina Jenny, mis amigos y compañeros habituales de correrías, Frank Hawkins y el mayor Marlowe… y ahora usted. Sólo nos faltará un hombre que complete el grupo.

—¿Quién?

—Alguien capaz de navegar por los mares asiáticos, capaz de conocer esas islas mejor que nadie, capaz de enfrentarse a peligros de todo tipo. Alguien audaz, decidido y experto, un espíritu aventurero indomable y, a la vez, persona de confianza, incapaz de una traición o un engaño.

—¿Cree que existe un hombre así en alguna parte del mundo? —dudó el profesor Waserman.

Lord Kellaway asintió despacio, moviendo la cabeza.

—Pensé inicialmente como usted —confesó—. No creía que pudiera existir, pero…

—Pero ¿qué?

—Existe, amigo mío. Sé quién es y cómo se llama. Sé también dónde encontrarle.

—¿Dónde?

—En Hong Kong. Su nombre es Alan Kelly. Pero mucha gente le conoce con el apodo de capitán Dragón…

CAPÍTULO II

HONG KONG

ERAN cuatro hombres. Todos ellos armados. E iban a por él.

El hombre de gorra de marinero y chaquetón azul marino con botones plateados, les dirigió una mirada calculadora, protegiendo sus anchas espaldas contra la pared de ladrillos, a la expectativa. Sabía que pretendían asesinarle en aquella angosta y empinada callejuela del viejo barrio. Y tenían todas las posibilidades a favor de conseguirlo sin demasiadas dificultades.

—Dios mío, van a matarnos… —gimió la muchacha oriental acurrucada junto a él, tan pálida como el color salmón claro de su vestido tradicional de seda bordada, clavando sus almendrados ojillos en los cuatro chinos de rostro frío e impenetrable, provistos de afiladas navajas automáticas, prestas a degollarles o atravesar de un solo golpe mortífero su corazón.

—Eso pretenden —dijo el hombre con voz grave, sin inmutarse—. Tranquila, preciosa. Todavía no lo han conseguido esos bastardos amarillos.

Miró con rapidez a su izquierda, por la que uno de los adversarios trataba de infiltrarse rápidamente, con el puntiagudo acero centelleando en su mano, recto hacia su cuerpo.

Disparó su pierna izquierda con rapidez y precisión. La bota del marino pegó de lleno en el brazo armado. El tipo lanzó un aullido, y se percibió en el silencio de la sucia y húmeda callejuela el crujido de su hueso al romperse bajo el impacto. La navaja rodó por el suelo, al escapar de sus dedos, rebotando en el empedrado callejero. Otro del cuarteto aprovechó el momento para lanzarse como una centella contra el marino de raza blanca.

Este protegió con su cuerpo atlético a la muchacha oriental, y esta vez fue su brazo derecho el que actuó, bloqueando el rumbo de la navaja asesina, que resbaló sobre su codo, rasgando secamente el paño

grueso de su chaquetón, llegando a arañar su piel haciéndola sangrar. Eso enfureció más aún al hombre blanco, que cuando disparó su zurda lo hizo con toda la ferocidad posible.

Sus dedos rígidos eran como un sable al penetrar brutalmente en la nuez del chino. Esta pareció hundirse como si fuese de mantequilla, con un crujido escalofriante. El seco, preciso golpe de karate destrozó la garganta del asesino. Se desplomó, vomitando sangre en abundancia, mientras emitía unos gorgoteos incoherentes y roncos.

Los otros dos vacilaron un momento, antes de que uno solo de ellos se atreviera a dar un salto adelante, lanzando un alarido rabioso. Tenía la cara tan aplastada como si le hubieran pasado una plancha ardiente por ella. Y su amarillo recordaba el de un enfermo de hepatitis.

El marino le esperó sin moverse una pulgada de su sitio, pese a que le dolía el brazo izquierdo y la sangre corría por su manga visiblemente.

De nuevo fue su pierna, en esta ocasión la derecha, la que se disparó certera, parando en seco al agresor. Este sintió que el pie del enemigo se clavaba en su estómago como un mazazo, haciéndole perder el aliento y doblándole con una sensación de profundo dolor.

El marino aprovechó el momento para abatir sobre la nuca del enemigo su mano derecha, plana y rígida, golpeando en la misma con el dorso endurecido. El chino emitió un berrido seco, su cabeza osciló como si fuera a separarse del tronco, y cayó de bruces a los pies del hombre blanco, como fulminado, quedando inmóvil.

El cuarto agresor lanzó contra el marino su navaja, que falló el impacto, mellándose con agrio chirrido al golpear los ladrillos del muro, antes de caer al suelo inofensiva. Para entonces, su dueño corría ya, como un alma perseguida por el diablo, calle abajo, dando por terminada la pelea.

—Creo que esto terminó, preciosa —dijo impávido el marino, resoplando con gesto endurecido. Luego se echó a reír entre dientes, rodeando los hombros de la chinita con su musculoso brazo—. Sigamos. No creo que vuelvan a intentarlo.

Ella, todavía con una mezcla de miedo y de asombro en su rostro de porcelana, se limitó a asentir, siguiendo dócilmente a su compañero, calle arriba. Atrás, en el empedrado, yacían tres cuerpos inertes, aplastados sobre el empedrado mojado de la callejuela desierta. Sólo uno, gemía entre dientes, con su brazo colgando lastimosamente, astillados sus huesos bajo la piel. Los otros no daban la menor señal de vida.

Era una de tantas peleas como tenían lugar en los barrios de Hong Kong durante la noche. Pero no eran muchos los hombres de raza blanca capaces de abatir a cuatro expertos rufianes con tanta facilidad.

Quizás por ello, cuando fuesen hallados por alguien, habría quien haría un simple comentario al saber lo sucedido:

—Eso ha tenido que ser cosa del capitán Dragón, seguro…

* * *

—¿El capitán Dragón? Sí, soy yo. ¿Para qué me buscaba?

El hombre del traje blanco de hilo y sombrero liviano de tejido entrelazado, propio de las regiones cálidas, se quedó mirando con cierta perplejidad al que se había vuelto hacia él, con aire indolente, sin dejar de apoyarse en el mostrador, con un vaso de whisky en su mano. No se sabía si le había sorprendido más la rotundidad y rapidez de su respuesta, o la juventud del personaje en cuestión.

—Me dijeron que le encontraría aquí —trató de justificarse.

—Le informaron bien, como ve. Ya me ha encontrado. Y ahora, ¿qué?

Evidentemente, el andarse con rodeos no era el fuerte de aquel hombre joven, delgado y atlético, de rostro curtido, profundos ojos verdes de mirada escudriñadora, cabellos os— curos, que escapaban desordenadamente por debajo de su gorra azul de marinero, y mentón cuadrangular, de gran energía, encuadrando su boca de labios carnosos y duros.

—Bueno, me gustaría hablar con usted… —el hombre del traje blanco se humedeció los labios, evidentemente cohibido.

—Ya lo está haciendo —sonrió el hombre del mostrador.

—No aquí —angustiado, miró en torno a su interlocutor, como rechazando aquel ambiente careado de humo y olor a cerveza, caluroso a pesar de los pesados ventiladores que colgaban del techo, girando perezosamente, y lleno de heterogéneo público, en su mayoría formado por nativos de Hong Kong, ingleses medio ebrios y mujercitas orientales cuyo oficio practicaban con encomiable discreción entre las mesas o junto al piano que desgranaba lánguidas y nostálgicas melodías de otro tiempo. Ahora mismo, el fornido negro de camiseta a rayas horizontales rojas y blancas, con los desnudos bíceps brillando como charol, extraía del piano una casi irreconocible evocación de «Blue Moon».

—¿Tan importante es lo que tiene que decirme? —se interesó el

llamado capitán Dragón enarcando las cejas.

—Creo que sí. Bastante —admitió el otro, tragando saliva y rebuscando tímidamente en los bolsillos de su chaqueta, hasta extraer de uno de ellos una tarjeta de visita que tendió al marinero—. Ese soy yo, capitán.

El joven de tez bronceada tomó la cartulina con indiferencia y le echó una ojeada antes de volver a estudiar curiosamente a su interlocutor.

—Desmond Price —recitó—. Abogado. ¿Representa a algún acreedor?

—No, no, nada de eso —rechazó el otro vivamente—. Creo que todo lo contrario, capitán.

—Menos mal —suspiró éste—. Creí que ya había embargado mi barco…

—Si tiene problemas económicos, yo puedo ser la solución —dijo el abogado con cierta energía ahora, esbozando una sonrisa de alivio.

—¿De veras? —el marinero le examinó con pocas esperan zas en su gesto—. Mis deudas son muy grandes, amigo, para que usted Tas solvente con su varita mágica. El contrabando ya no es lo que era, las drogas no me gustan porque tampoco me gustan sus efectos, y menos aún sus traficantes. Y eso es lo que da dinero hoy día, si se tiene un barco. ¿Qué viene a ofrecerme, exactamente?

—Se lo diré, si podemos hablar a solas los dos unos minutos, capitán.

—Está bien. Vamos allí —señaló con un vago ademán un rincón semejante a un reservado, en el que se veía una mesa con algunos asientos, tras una cortina de cañas de bambú. Tomó una botella de whisky y otro vaso vacío, y echó a andar delante del otro, abriendo camino entre la gente.

A su paso, las muchachas orientales le sonreían o le dirigían alguna palabra en lengua china, que él respondía afectuosamente. Palmeó al negro pianista al pasar a su lado, advirtiéndole irónicamente:

—Muy bien, Frisco. Sigue así y acabaré reconociendo algo de lo que tocas…

El fornido negro sonrió ampliamente, sin parecer ofenderse por ello, y eso prestó cierto alivio al abogado, que por un momento había temido un enfrentamiento entre el marinero y el pianista de color.

Entraron en el reservado, entre el crepitar de los trozos de bambú colgantes del arco de la entrada. Se acomodó el capi— tan Dragón, sin

esperar a que él lo hiciera. Allí, las ceremonias y cumplidos parecían estar de más.

Sin inmutarse por ello, Desmond Price se acomodó frente a su interlocutor. Este llenó su vaso y puso luego media dosis en el del abogado, al que alargó el recipiente.

—Beba, si quiere —dijo—. Si prefiere cerveza, dígalo.

—Es igual. Tomaré esto —el hombre de leyes probó un sorbo de aquel whisky y tosió sin disimulos ante su efecto en la garganta. El rostro atezado del joven marinero ni se alteró. Tras un carraspeo, Price se echó atrás en el asiento y murmuró con lentitud—, ¿Quiere ganarse diez mil libras esterlinas, capitán?

Los ojos verdes no pestañearon. Los músculos faciales no se alteraron bajo la epidermis bronceada por soles y mares del trópico. Pero un leve destelló cruzó por el fondo de aquellas inquisitivas pupilas, revelando cierta emoción.

—¿Se refiere a libras realmente inglesas? —preguntó, imperturbable.

—Exacto. O cincuenta mil dólares, si lo prefiere en su moneda, ya que usted es americano.

—Yo ya no sé de dónde soy —suspiró el joven—. He vivido demasiado tiempo en todas partes, excepto en mi país. El dinero es igual en cualquier sitio del mundo, siempre que sea en moneda cotizada, señor Price. ¿Hablaba en serio cuando preguntó eso?

—Claro. Es el precio que vengo a proponerle: cinco mil libras cuando acepte. Y otras cinco mil al iniciar el trabajo.

—¿En qué consiste ese trabajo? Supongo que será algo sucio…

—Por el contrario: es totalmente limpio —sonrió el abogado—, Pero confidencial, eso sí. Dentro de la legalidad, aunque estrictamente secreto.

—¿Qué debo hacer?

—Ante todo, aceptar. Luego, hacerse a la mar con su barco y dirigirse a las Filipinas. Allí se reunirá con las personas que han de viajar en él, en su compañía. El resto, le será notificado por la persona que dirige esta expedición.

—Son pocos datos. Necesitaría conocer algunos más para saber si acepto o no. ¿Quién dirige la operación?

—Un noble inglés, lord Cyril Kellaway. Rico e influyente, un hombre de honor intachable, en compañía de un reducido grupo de personas muy afines a él.

—¿Y el carácter del viaje?

—Científico.

El capitán enarcó las cejas.

—Yo no entiendo nada de Ciencias —declaró, algo seco—. ¿Por qué no se dirigen a otro? Estoy seguro de que habrá mucha gente en Hong Kong capaz de aceptar esa oferta y hacer mejor el trabajo.

—Es que la misión ofrece ciertas dificultades. Digamos… algún riesgo.

—Ya —el joven entornó los ojos—. ¿Es peligroso el viaje?

—En cierto modo, sí. Es lo que tengo entendido, capitán.

—Por eso han pensado en mí… —reflexionó el marinero—. ¿Ese precio incluye todo?

—Solamente sus honorarios personales. Los gastos, incluido el mantenimiento del barco, imprevistos y cuanto precise el viaje, incluidos víveres y mercancías, corren de cuenta de lord Kellaway. Si el barco sufre algún daño, también le será escrupulosamente pagado. Tengo los contratos a punto para legalizarlos a todos los efectos. Como ve, nada oscuro ni turbio.

—A primera vista, no. Pero nunca se sabe. Con esa oferta cubro mis deudas y gano dinero. Por tanto, es tentadora para mí. Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que no debo confiar en las buenas apariencias. Ganar mucho dinero nunca es fácil.

—De acuerdo totalmente, capitán. Ya le dije que puede haber algún riesgo. Pero según me han dicho, usted no es hombre que se arredre por eso.

—Le dijeron bien. A veces soy un perfecto loco —rió el joven—. De acuerdo, amigo. Ya me ha contratado usted.

El abogado pareció sorprenderse. Le miró, confuso.

—¿Quiere decir que acepta? —murmuró.

—Hombre, por Dios, ¿es que no entiende nuestra lengua acaso? Claro que acepto. ¿Dónde está ese contrato para firmarlo? Con esas cinco mil libras iniciales, podré salir de puerto sin que embarguen mi barco, y hasta comprar unas cuantas cosas que necesito con urgencia.

—Venga conmigo. Tengo mi oficina aquí mismo, en Hong Kong. Firmará el contrato y le daré un cheque por ese dinero que podrá hacer efectivo en el acto. Le diré la fecha en que debe estar en las Filipinas, y todos los restantes detalles que conozco.

—De acuerdo. Vamos allá —dijo el capitán Dragón, poniéndose en pie.

—Sí, capitán, encantado.

—Y no vuelva a llamarme capitán. Sólo lo soy en mi propio barco. Mi nombre es Adam Kelly y me gusta que me llamen así. Lo de capitán Dragón, queda para la gente de estos lugares, amigo Price.

—Como quiera, Kelly. Estoy a sus órdenes. Es lo que me pidió mi cliente de Londres, lord Kellaway, al ponerse en contacto conmigo.

Los dos hombres salieron de la cantina del barrio viejo de Hong Kong, cuando el negro lograba hacer identificables al piano las notas de «Sentimental Journey».

Capítulo III

NUEVA YORK

LESTER MANNIX contempló fríamente al hombre erguido ante él.

—¿Cómo has podido enterarte de eso? —quiso saber con voz de aceradas aristas.

El interpelado sonrió ladinamente al responder:

—Ya puede comprenderlo, señor Mannix. No era nada difícil para un hombre como yo. Tengo buenas amistades. Y una de ellas conoce el asunto al dedillo. Me ha informado de todo detalladamente. Ahora sólo me queda intervenir. Pero yo soy un pájaro de vuelo demasiado corto para ciertas cosas. Necesito aliados más fuertes y poderosos. Por eso estoy hoy aquí.

—Eso lo entiendo, Robin. Lo que me sorprende es que un asunto tan importante haya podido trascender hasta llegar a tu conocimiento. Has de conocer a alguien relacionado de forma muy directa con esa gente inglesa…

—Lo conozco, sí —admitió el llamado Robin con tono entre confidencial y ambiguo—. Lo suficiente para que él confíe en mí para encontrar una segunda salida a la cuestión que pueda favorecemos a él y a mí.

—Una traición rentable, ¿no es eso? —sonrió sardónicamente Lester Mannix, retrepado en su sillón como la araña se encoge en su agujero, a la espera de las incautas moscas que caigan en su red.

—Bueno, todos buscamos sacar lo más posible de las cosas, ¿no? —rió algo forzado Robin McCoy, sintiéndose incómodo ante la mirada fría y brillante del hombre gordo y grasiento acomodado ante él en el cómodo sillón.

—Evidentemente. Unos con más inteligencia y sutileza que otros… ¿Qué esperas ganar con todo esto, Robin?

—No sé. Mucho, ciertamente. Quizá millones.

—A repartir con ese socio tuyo, ¿no?

—Así es.

—¿Y conmigo?

—Por supuesto —asintió con rapidez McCoy—. Ese es el plan.

—Partes iguales, ¿quizás?

—Si no hay otro remedio… —vaciló Robin McCoy.

—No lo hay, ya lo sabías al venir —cortó glacialmente Mannix—. Hago cotizar mis colaboraciones. ¿A cuánto podría ascender mi parte, si todo va bien?

—No hemos hecho cálculos exactos aún, pero… podría elevarse a varios millones de libras esterlinas. El que encuentre el yacimiento de diamantes, será inmensamente rico.

—Esos diamantes pertenecerán legalmente al gobierno de Yakarta.

—Por supuesto. Pero ¿quién iba a enterarse de que se sacaban millones en diamantes de una isla cualquiera del archipiélago indonesio? Todo podría hacerse con suma facilidad, sin apenas correr riesgos, una vez localizado el emplazamiento de los diamantes. Y por si eso fuera poco, está el lado científico del asunto. Quien halle, vivo o muerto, a un ejemplar único del primer hombre sobre la Tierra, podría ser inmensamente rico. Hay dinero por todas partes, señor Mannix, eso es obvio.

—Y el plan es dejar que esos científicos encuentren a su hombre-mono y sus diamantes, para luego caer sobre ellos y quedarnos con el botín.

—Así de sencillo, sí.

—Me gustaría hablar con tu amigo para cambiar impresiones, antes de llegar a una decisión definitiva, McCoy. Supongo que necesitáis dinero, financiación del asunto, así como personal adecuado para llevar a cabo la misión con éxito.

—Sí, así es.

—Y Lester Mannix será el hombre encargado de financiar la operación, dirigir a los hombres que yo escoja, y llevar a cabo los planes hasta el último momento.

—Es lo que espero de usted —admitió McCoy, humedeciendo nerviosamente sus labios.

—Una tercera parte, entonces, es poco —cortó Mannix con frialdad —. Quiero la mitad.

—¡La mitad! —se sobresaltó McCoy—. Imposible, señor… Mi… mi amigo no va a aceptar esas condiciones. Es mucho…

—Entonces, hacedlo solo vosotros —murmuró Mannix, encogiéndose de hombros y contemplando los rascacielos de Nueva York desde la atalaya que suponía aquella gran vidriera asomada a Manhattan, en sus oficinas del centro de Broadway—. No me interesa el asunto.

—No, no, espere, por favor —realmente McCoy parecía apurado—. Puedo hablar con él… llegar a un acuerdo razonable… Pero si mi socio no acepta, nada puede hacerse. Es él quien conoce los detalles de la operación.

—Está bien. Llámale entonces y dame la respuesta —bostezó Mannix, entornando los pequeños ojillos negros perezosamente y retrepándose en su sillón.

—Hay poco tiempo…

—Llámalo desde aquí —sugirió el millonario encogiéndose de hombros.

—¿Desde aquí…? —vaciló McCoy, tragando saliva dos veces antes de decidirse—. Está bien, pero… pero no debe ver usted el número que marco…

—Comprendo —rió malévolamente Mannix—. Tienes miedo de que sepa quién es el tipo en cuestión, ¿eh, amigo? No te preocupes. Lester Mannix no necesita esos métodos tan burdos y torpes. Marca tu número tranquilo, muchacho…

E hizo girar el sillón suavemente, dando media vuelta a su mecanismo giratorio. Se quedó así absorto, en la contemplación a espaldas suyas de la panorámica de vidrio cemento y acero que era Manhattan, mientras nerviosamente McCoy, al verse solo en el enorme despacho, descolgaba un teléfono, marcaba las cifras para llamadas internacionales, y luego marcaba una serie de códigos y números nacionales y urbanos, hasta conseguir comunicación.

Pasaron unos segundos. Una voz respondió, lejana:

—¿Si? ¿Quién llama?

—Yo, McCoy, desde Nueva York…

—¡Estúpido! —jadeó la voz—. No debes llamarme para nada, te lo dije…

—Han surgido dificultades —se apresuró a decir aturdidamente McCoy.

—¿Qué clase de dificultades?

—El hombre de Nueva York se niega a esas condiciones. Ha de ser… la mitad para él.

—Imposible.

—Si no es la mitad, no acepta.

—Bien. Que no acepte. Buscaremos a otro. Cuelga pronto.

—Pero…

—Está dicho todo —atajó la voz fríamente—. No hay acuerdo. Cuelga.

Y sonó el lejano «clic» que interrumpía la charla. Lentamente, McCoy respiró hondo y depositó el teléfono en su horquilla.

—Lo… lo siento —murmuró en voz alta, dirigiéndose al respaldo del sillón—. No hay acuerdo. No acepta.

—Ya —Mannix giró lentamente su asiento, hasta encararse con Robin McCoy—. De modo que mis condiciones no son aceptadas.

—Esto es, señor Mannix. Yo lo lamento, pero mi socio se mostró inflexible…

—Lo comprendo. Un tipo duro —rió entre dientes—. Como yo. Tú, en cambio, eres blando, McCoy. Muy blando. No sirves para grandes empresas. Como tú dijiste antes, eres un pájaro de grandes empresas. Como tú dijiste antes, eres un pájaro de poco vuelo…

—Es posible que tenga razón —aceptó humildemente el aludido—. Bien, señor Mannix, gracias de todos modos. Hasta otra ocasión…

—Hasta nunca, McCoy —dijo con tono helado Mannix, sonriendo burlón.

Y alzó su mano, oculta hasta entonces sobre su regazo, tras la mesa. Empuñaba una pistola automática de pesado calibre, provista de silenciador. Encañonó con ella a Robin

McCoy, que retrocedió aterrado, abriendo mucho los ojos y palideciendo intensamente.

—Eh, ¿qué hace? —jadeó—. No, no, señor Mannix. Usted no puede…

El arma disparó dos veces. Dos llamaradas brotaron del cañón alargado por el tubo silenciador. Dos proyectiles se clavaron en el corazón de McCoy con un repetido y seco chasquido apenas audible.

Cuando besó de bruces el suelo de blanda moqueta, estaba muerto. Mannix, imperturbable, sonrió, guardando el arma, y pulsó una tecla de su intercomunicador.

—Pase, Floyd —dijo sin emoción alguna en su voz—. Tiene que ocuparse de McCoy.

Se abrió la puerta. Entró un hombre alto y fornido, de impecable traje gris cruzado. Miró el cuerpo de McCoy con la mayor naturalidad del mundo.

—Deshazte de él —dijo su jefe.

Asintió Floyd, cargando fácilmente con el cadáver. Una pequeña, siniestra mancha roja, apareció sobre la moqueta, donde antes yacía el infortunado visitante.

—Limpiaré eso enseguida —explicó Floyd, saliendo con el cadáver al hombro.

Mannix encendió con lentitud un cigarro habano. Luego pulsó otra tecla, y emergió de un lado de su mesa un pequeño televisor. Otras dos teclas fueron accionadas por Mannix, ahora desde los brazos de su sillón. Se iluminó el televisor, que era un simple monitor para pasar videotapes. Zumbó la grabadora de video al poner en marcha la grabación. En pantalla apareció la mesa de Mannix, el teléfono. Luego, la mano de Robin McCoy, empezando a marcar en el mismo. La imagen se acercó, viéndose claramente el número que marcaba.

Mannix rio, mirando al techo, donde se hallaba el invisible objetivo de un circuito cerrado de TV, graduable desde los brazos de su asiento. Detuvo la grabación.

—Estúpido McCoy —murmuró entre dientes—. Le faltaba clase para algo así…

Marcó el número internacional que viera marcar al difunto McCoy. Ahora era él quien iba a hablar con el socio del muerto. Y esperaba llegar a un rápido acuerdo.

Capítulo IV

MARES DE CHINA

EL pequeño puerto de Mindoro, en las Filipinas, aparecía repleto de un auténtico enjambre de embarcaciones, la mayoría de ellas dedicadas a la pesca, de típica estructura nativa, desde las pequeñas piraguas hasta los grandes *sampanes* o los pintorescos *juncos* chinos. Entre todas ellas, yates de recreo occidentales, barcos de cabotaje y de carga, se entremezclaban de forma heterogénea, convirtiendo los muelles y embarcaderos en un amasijo de naves de todo tipo que prestaban al lugar su aire exótico Y populoso.

Eran abundantes las cantinas en la zona portuaria, para deleite de marineros y cargadores. En muchos de los puntos de los embarcaderos, se apilaban las mercancías propias de aquellas latitudes, prestas a ser cargadas, como la caña de azúcar, el maíz, los cocos o el tabaco. El tagalo, la principal lengua del país, circulaba rápido y expresivo, de boca en boca, mezclándose con el inglés imperfecto de muchos nativos y las jergas de otros viajeros, desde el malayo hasta el francés.

Adam Kelly saltó de su barco silbando una tonada entre dientes, tras amarrar al puerto filipino, entre un *junco* chino de mediano tonelaje y un pequeño carguero donde estaban almacenando azúcar y copra para la exportación. El barco era de matrícula y pabellón holandés.

Tras comprobar que el *Zodiac*, su pequeño barco, se quedaba perfectamente situado, caminó por el embarcadero, en dirección a la población de Mindoro, el puerto de las Filipinas donde se había convenido el encuentro con las personas que debían viajar con él rumbo a la isla de Java.

No era la primera vez que visitaba aquel puerto, como tantos otros de los mares de China, que le eran perfectamente familiares. Aquel mundo exótico le era tan conocido como la palma de su mano y no se sentía extraño en ningún sitio de esas latitudes

Se detuvo en una cantina y tomó un ron con coca-cola, antes de

dirigirse al hotel Luzón, donde estaba citado con la persona que había financiado aquel viaje.

Dado el calor reinante en las Filipinas, había sustituido su chaquetón de lana azul por una más liviana chaqueta de algodón, color azul pálido, si bien no le faltaba su habitual gorra de marino. En su cintura llevaba un revólver en la Funda, en previsión de cualquier contingencia. Aquel abogado de Hong Kong le había mencionado la posibilidad de algún riesgo, y él era un hombre precavido, pese a que no le gustaran demasiado las armas de fuego.

El hotel Luzón era el más moderno y confortable de Mindoro, y su clima, con aire acondicionado, resultaba un alivio contra el calor exterior, pero Kelly nunca le había gustado el clima artificial de los sitios. Prefería el agobiante trópico, con sus rigores, que el falso frío que le entumecía los huesos.

Preguntó en conserjería por lord Kellaway. Rápidamente le indicaron el bar del hotel, y a él se encaminó con su zancada rápida y elástica, tras mirar en torno con curiosidad a los numerosos turistas de toda clase de nacionalidades que allí se alojaban. No se fijó especialmente en ninguno de ellos. Tal vez por eso, el hombre sentado en una butaca del amplio hall, leyendo un ejemplar del *New York Times* en su edición internacional, le pasó desapercibido.

Pero él no corrió igual suerte con el hombre del periódico, que bajó éste lentamente, tras rebasarle el joven marinero, y contempló fijamente las amplias espaldas del recién llegado, con una sonrisa mal disimulada.

Cuando el capitán Dragón desapareció en el bar, el hombre se puso en pie sin prisas, dobló cuidadosamente su diario, y se encaminó a los teléfonos. Descolgó uno, marcó un número e informó escuetamente:

—El tipo ha llegado ya. Sí, creo que es él. Un marinero joven, alto y atlético. De acuerdo. Se hará lo previsto.

Colgó, quedándose con expresión meditativa. Luego fue hacia la calle. Salvó la invisible frontera entre el frío artificial interior y el húmedo calor tropical de las callejuelas de Mindoro. Se alejó con paso rápido hacia una plazuela cercana, al mismo tiempo que un automóvil salía por una calle lateral y aparcaba ante el hotel Luzón. Dentro del coche, un hombre acababa de colgar el radioteléfono con el que comunicara poco antes con el individuo situado dentro del hotel.

—Son las habitaciones aquellas —indicó el que iba junto al conductor, señalando la segunda planta del edificio—. Las tres de la esquina. Vigilad desde aquí. Yo me ocuparé de lo de dentro.

Los demás asintieron. Eran cuatro hombres los que ocupaban aquel automóvil. El hombre bajó, con una maleta en su mano, y el portero del hotel recibió una propina de su mano al abrirle la portezuela y conducirle a la entrada del establecimiento.

Los demás pusieron el coche en marcha y se detuvieron en la esquina inmediata, junto a una furgoneta comercial, justo frente a las ventanas mencionadas por el otro individuo, disponiéndose a esperar.

—¿No hay más remedio que matarle? —preguntó uno de los ocupantes del automóvil.

—Así es —confirmó el chófer, sin volverse—. No hay más remedio que matarle. Son las órdenes…

* * *

—De modo que usted es el famoso capitán Dragón…

—¿Famoso? No sé. En cuanto al nombre… es sólo un ejemplo de la imaginación oriental. Gustan de relacionarlo todo con su mitología. Para ellos, el dragón es un animal que simboliza fuerza y poder. Cuando admiran a alguien, le atribuyen una cosa semejante. Realmente, me gusta que me llamen simplemente Kelly. O Adam, si son amigos. Lo demás queda para mis amigos de estas regiones —sonrió el marinero risueñamente, contemplando a las personas con quienes se había reunido en aquella mesita discreta del bar del hotel Luzón.

Lord Kellaway asintió, cambiando una breve ojeada con su sobrina Jenny. La bella joven estudiaba con curiosidad evidente a su nuevo amigo recién presentado. Parecía haberle causado una gran impresión el porte y físico de Adam Kelly.

—A pesar de todo, su fama ha traspasado las simples fronteras de estos mares —hizo notar el noble inglés—. Cuando busqué a alguien capacitado para llevarme a las islas situadas al norte de Java, buen conocedor de la región y capaz de enfrentarse a posibles peligros, me dieron su nombre en todos los casos. Por eso me puse en contacto con usted a través de un abogado de mi empresa, residente en Hong Kong.

—Sí, el bueno del señor Price —sonrió Kelly—. Un hombre demasiado tímido para meterse en ciertos ambientes. Pero parecía un buen profesional. Cuando firmé su contrato, pareció liberarse de un lastre de cien toneladas.

—Le creo —rió de buena gana lord Kellaway—. Desmond Price siempre ha sido un hombre sumamente tímido. Supongo que le explicó

detalles de mis proyectos…

—No demasiados. Me habló de nuestro encuentro en Mindoro, del viaje de Java, de un supuesto tesoro… y de una búsqueda científica de alto interés. Pero no aclaró nada.

—Yo seré mucho más explícito, Kelly. Vamos en busca del «eslabón perdido».

—¿El «eslabón perdido»? Eso me suena a la Prehistoria…

—Es la Prehistoria. Se han hallado muchos fósiles reveladores de los primeros homínidos, de la posible evolución de un mono en nombre. Pero nunca se encontró lo que esclarecería todo de una vez por todas: el momento crucial en que Dios cambió al mono en ser inteligente. El instante preciso en que el alma y la inteligencia penetraron en el primer ejemplar realmente *humano* de toda la especie.

—Entiendo. ¿Cree que va a hallarlo ahora? —dudó Kelly.

—Hay muchas posibilidades de que exista ese ejemplar único. En un lugar de Java, quizás no lejos de donde fue hallado el fósil de uno de los primeros *Pithecanthropus* de nuestra Humanidad.

—Bien, usted sabrá si va bien encaminado en eso. Pero en cuanto al tesoro…

—También es posible que exista. Al menos, en ese sentido hay una prueba.

—¿Cuál?

—Esta. Traigo solamente una fotografía. Por ella podrá darse cuenta exacta del hallazgo.

Y extrajo del bolsillo una reproducción fotográfica del grueso diamante hallado en poder de Doc Howard, nítida y bien iluminada. Kelly la estudió a la luz de la lámpara de suave luz de aquel rincón umbrío del bar. Enarcó las cejas, sorprendido.

—Una buena pieza —comentó, devolviendo la fotografía a su dueño —. Un diamante sin pulir… Y con un lápiz al lado, para contrastar tamaños… ¿Realmente es tan grande?

—Sí, lo es, por extraño que le parezca —sonrió lord Kellaway—. Está en mi poder, en una caja fuerte de Londres. Le contaré la historia de todo ello en pocas palabras.

Lo hizo, relatando el encuentro del moribundo Howard en las costas javanesas, su muerte y todo lo demás. Kelly escuchó en silencio, pensativo. Al final, afirmó con la cabeza.

—Parece una historia plausible, dada la existencia de una prueba tan contundente —juzgó—. Pero quedan oscuros muchos puntos. ¿Sabe el

número de islas que hay al norte de Java?

—Sí, lo sé. Es casi interminable. Y no sabemos el nombre real de una de ellas, en concreto, que es la que visitó Doc Howard. Pero sí el nombre que él le daba.

—¿Cómo supieron eso? Me ha dicho que murió sin decirlo…

—Encontramos su pequeño laboratorio y estudio en una casa humilde de Surabaya. Revisamos todos sus apuntes y documentos. En varios de ellos se hacía mención a cierta isla de extraño nombre: Isla Ictiosaurio.

—¿Isla Ictiosaurio? —repitió Kelly, perplejo—. No recuerdo ninguna de ese nombre en toda Indonesia.

—Por supuesto, ya lo sé. Hemos preguntado tal punto al propio servicio geográfico del gobierno de Yakarta y recibimos igual respuesta. Creo que la explicación de ese nombre es simple, aunque a nosotros nada nos aclare.

—Mi tío se refiere a que el Ictiosaurio fue un «pez lagarto», como su nombre indica —terció Jenny Kellaway con voz suave—. Si bien no hay evidencias claras de la existencia de tal animal en aguas asiáticas, evidentemente debió haber algunos. Procedían de los reptiles terrestres pero sus organismos se hallaban acomodados al agua. Doc Howard era un científico, doctorado en Biología y experto en Paleontología, por lo que no es extraño que bautizase a su modo una determinada isla que, muy probablemente, ni siquiera tenga nombre oficial en la actualidad.

Adam Kelly había vuelto sus verdes ojos hacia la joven de dorados cabellos y azules pupilas, que se expresaba con sencillez y fácil palabra, exponiendo la cuestión al nuevo miembro de la expedición que habían preparado en Londres.

—Sí, eso lo entiendo —asintió el joven marinero—. Por tanto, puede ser cualquier isla. ¿No había indicio alguno de su situación, algo revelador entre los documentos de ese hombre?

—Nada en absoluto —suspiró el noble británico, meneando enérgico la cabeza—. Nada de nada. Y eso que buscamos de modo exhaustivo. Ni siquiera sabemos cómo llegó desde Surabaya a su isla. La canoa que llevaba era nativa y no resultaba el medio más adecuado para navegar cientos de millas hasta el archipiélago.

—De modo que él huyó de allí víctima de una herida venenosa, sólo con aquel trozo de diamante en su poder… y con una fantástica historia sobre unos seres que usan una ponzoña mortal, un valle quizás repleto de diamantes… y un «hombre-mono» que puede aclarar para siempre la

verdad sobre nuestro origen…

—Así es. ¿Le parece un principio sólido para iniciar nuestra aventura?

Kelly se echó a reír suavemente. Movió la cabeza de un lado a otro.

—Se asombraría si supiese las veces que he emprendido una aventura con mucha menos base que ésa. Recuerdo un día en que inicié la búsqueda de un tesoro sumergido, sólo partiendo de un viejo trozo de madera de galeón español que hallaron flotando en las proximidades del mar de los Sargazos, en el Atlántico Norte. Después de un interminable viaje desde el Pacífico, a través del canal de Panamá, descubrimos que pertenecía a una reproducción de galeón utilizada en el rodaje de una película. Fue el mayor fracaso que recuerdo. Mi patrón era un millonario americano que se dejó varios millones de dólares en su empresa.

—Menos mal —sonrió lord Kellaway, cambiando una mirada con su sobrina—. Eso me tranquiliza un poco. Aquí, cuando menos, hay algo más sólido.

—En lo que respecta a sus diamantes, sí. En cuanto al *Homo Sapiens*… no mucho —le recordó irónicamente el joven marinero.

—Cierto —asintió lord Kellaway poniéndose en pie—. Venga, por favor. Acaban de entrar dos de sus compañeros futuros en este viaje, Kelly. Se los presentaré antes de que descanse un rato, si lo desea. Imagino que vendrá cansado, y le he hecho reservar una habitación en este hotel, para que esta noche cenemos todos juntos y se ultimen detalles del viaje.

—Acostumbro a dormir en mi propio barco, pero haré una excepción, dado que reservó ya alojamiento para mí, lord Kellaway —aceptó Adam de buen grado, yendo con el noble y su sobrina hasta el mostrador del bar, donde un joven rubio y vigoroso charlaba con un hombre de prematuro pelo canoso y tez bronceada, con aspecto agradable y cordial.

Ambos se volvieron al verles llegar. Lord Kellaway presentó a Adam Kelly a ambos, y éste estrechó las manos de Frank Hawkins y del mayor Kirk Marlowe.

—Más tarde, a la hora de la cena, conocerá a nuestro compañero, el profesor Aaron Waserman, un científico importante en nuestro país, que nos acompaña en este viaje solamente por interés hacia el supuesto «hombre-mono» que halló Doc Howard en su supuesta isla Ictiosaurio. Creo que ahora está trabajando en sus cosas. Estudiar y trabajar durante

varias horas fijas al día, es un hábito que el profesor Waserman no altera por nada de este mundo, amigo mío.

—Bien, ahora que ya les conozco a todos, creo que iré a descansar un poco, y también a ponerme algo presentable para la cena. He visto que este hotel tiene barbería, y eso me irá bien. Lo que tendrán que disculpar, son mis ropas. No traje otras de mi barco…

—Eso no tiene importancia, pero si lo desea, tiene fácil arreglo —sonrió el aristócrata—. Vaya a la tienda del hotel. Elija la ropa que guste y cárguela en mi cuenta, Kelly.

—Muy generoso por su parte, lord Kellaway —asintió Adam—. Deseo de veras que encuentre no sólo a su simio erecto, sino también los diamantes. Creo que lo merece, la verdad. Ahora, si me disculpan…

—Claro, vaya usted. Nos reuniremos a las siete y media, si le parece bien.

—Espere, capitán… perdón, Kelly —sonrió Jenny con vivacidad—. También voy a mí habitación a hacer algunas cosas. Subo con usted, si no le importa.

—Por Dios, ¿importarme dice? —el marino la miró con sus verdes pupilas realmente suaves y dulces—. Será un honor y un placer acompañarla y ser acompañado…

La hizo pasar delante, y la siguió con toda cortesía. El mayor, Hawkins y el tío de la muchacha, cambiaron una mirada después.

—No me gusta —dijo bruscamente Hawkins, tomando el martini que había pedido al barman.

—¿Quién? ¿El capitán Dragón? —se extrañó lord Kellaway.

—Sí, claro.

—¿Por qué motivo, querido Hawkins? —sonrió el mayor Marlowe.

—No lo sé. Hay algo en ese tipo que no es de mi agrado…

—Tal vez sea porque es joven y atractivo —rió entre dientes el mayor con cierto aire burlón.

—¿Qué diablos tiene que ver en eso? —se irritó el rubio joven—. No me fijo nunca en cómo son los hombres.

—Claro. Pero sí te fijas en cómo son las mujeres… y ese joven capitán puede ser un rival peligroso, en ciertos casos —volvió a reír el mayor, fija su mirada en Hawkins.

—¿A qué se refiere, mayor? —se interesó lord Kellaway, desorientado.

—No, a nada especial —suspiró el mayor, encogiéndose de hombros y alejándose tras recoger su propio aperitivo—. Era sólo una broma sin

importancia…

Lord Kellaway no comentó nada. Pero observó, de soslayo, que Frank Hawkins no parecía en absoluto haber tomado a broma tal comentario de su amigo y compañero de expedición.

* * *

Adam Kelly cerró tras de sí la puerta de su habitación. Era espaciosa, confortable y fresca. Demasiado fresca, a su juicio, por causa del aire acondicionado. Torció el gesto y trató de abrir la ventana en vano. Tendría que conformarse con el clima artificial, le gustara o no.

Iba a apartarse de la ventana cuando se fijó en el automóvil.

Se detuvo, curioso, sin alzar las cortinillas translúcidas. Era un coche vulgar, uno de tantos de viejo modelo como circulaban por Mindoro y otras ciudades isleñas semejantes. Eso era lo raro. Esa clase de coches antiguos no acostumbran a tener ciertos adelantos técnicos. Radioteléfono, por ejemplo.

Sin embargo, su sagaz mirada había visto desde allí cómo el conductor del automóvil aparcado frente a aquella esquina del hotel, hablaba con alguien por radioteléfono. Esperó. El chófer terminó su conversación y guardó el artilugio en un compartimento del tablier, que cerró con una tapa, como si fuese sólo una vieja y vulgar guantera. Eso resultaba aún más extraño.

Regresó lentamente, pensativo, al centro de su dormitorio. Iba pensando en los amigos recién adquiridos. Lord Kellaway parecía un hombre sumamente rico y emprendedor. No se sabía si buscaba una utopía o una realidad. Esas cosas nunca se sabían, después de todo, en esa clase de aventuras, hasta llegar al final.

De repente, a Adam se le ocurría una idea imprevista hasta entonces: ¿era lord Kellaway el *único* en conocer la existencia de la hipotética isla de diamantes donde podía vivir el *Homo Sapiens* en persona?

Aquel coche con radioteléfono y apariencia vieja y abandonada, era un enigma inquietante, una excitante posibilidad de que no todo fuera tan simple como parecía…

Sus ojos recorrían con aire abstraído la habitación, mientras hacía funcionar su cerebro. Ojos que, súbitamente, se detuvieron en un punto determinado de la estancia. Algo ocurrió en su mente. Fue como si parpadeara de súbito una luz roja de alerta.

Estaba mirando la lámpara de luz de su alcoba. Era normal, de

modelo clásico, con pantalla de tela color naranja, a pliegues. Pero había algo en ella que preocupó a Kelly: un pequeño trocito de baquelita perteneciente a la rosca de la lámpara. Y unos diminutos trocitos de hilo de cobre, brillaron al sol, al pie de una pata de la mesita donde se hallaba esa lámpara.

Alguien había manipulado poco tiempo antes aquella lámpara. Se inclinó sobre la misma. Examinó la bombilla. Parecía absolutamente normal. Pero no tenía polvo. En cambio, sí lo había en torno a la rosca y en los pliegues de la pantalla.

Eso era raro. Muy raro, pensó Adam Kelly con rapidez de ideas muy habitual en él cuando intuía un peligro. Empezó a apartarse de la lámpara paulatinamente, con sumo cuidado. Intuía la trampa, pero no sabía *dónde* ni *cómo* iba a producirse…

Todo hacía sospechar que, apenas accionara el interruptor de esa luz, se podría producir algo violento en aquella estancia. Pero inmediatamente recordó que en aquellas latitudes anochecía tarde. Demasiado tarde para que necesitara la luz eléctrica antes de cenar. Por tanto, tenía que actuar el explosivo de otro modo… si era un explosivo, como imaginaba. De pronto lo vio claro. Y corrió vertiginosamente hacia la salida, abrió la puerta y se zambulló en el corredor, golpeando tras de sí la puerta, para cerrarla a sus espaldas.

Actuó muy a tiempo Dentro de su dormitorio se produjo una formidable explosión que reventó la hoja de madera, proyectándola hecha astillas contra el muro opuesto del pasillo, al tiempo que retumbaban los vidrios pulverizados y los muebles desventrados por el explosivo. Tembló todo el edificio con aquel estallido devastador, que le hubiera causado la muerte inevitablemente, de haber estado él dentro…

Las llamas lamían el interior de la estancia, así como los restos de la puerta, y una densa humareda invadía ya todo el corredor. De alguna parte, muy cerca de donde él yacía, brotaron sonidos humanos. Primero un grito apagado, luego gemidos de mujer…

Kelly recordó. Jenny Kellaway ocupaba la habitación inmediata a la suya, hacía sólo unos momentos que la había dejado allí…

—¡Señorita Kellaway! —rugió, lanzándose en tromba contra la puerta vecina, que resistió su primer embate sin ceder.

Pero al segundo, la hoja de madera se resquebrajó a medias, y otro empellón violento del marinero abatió los restos de tablas, logrando penetrar en la estancia.

Esta aparecía totalmente llena de humo, un muro estaba medio

derruido, justamente el que comunicaba con su dormitorio, y las llamas invadían ya también este cuarto.

Del interior brotaban aquellos gemidos. Kelly los localizó, lanzándose en busca de quien los emitía, a través del humo y el fuego. Logró dar con ella. Yacía sobre la moqueta, inconsciente a medias, con una herida que cortaba su frente y su mejilla, y de la que corría sangre en escasas gotas. El fuego había prendido ligeramente en el tejido sintético de su vestido. Lo apagó con rabia, tomando una manta de la cama para cubrirla y presionar las llamas, y luego cargó con ella en brazos, saliendo del dormitorio sin pérdida de tiempo, entre secas toses a causa del efecto asfixiante del denso humo.

Cuando llegó fuera nuevamente, algunos clientes del hotel y numerosos camareros y empleadas corrían a atenderles, atraídos por la explosión. Kelly les apartó vivamente, sin soltar a Jenny Kellaway, pidiendo la presencia de un médico. Alguien le dijo que el propio doctor del hotel atendería de inmediato a la muchacha.

El fuego seguía prendiendo en las dos habitaciones, pese a los extintores manejados por el servicio, y en la calle pronto ululó la sirena de los bomberos de Mindoro.

* * *

—¿Un sabotaje? ¿Es eso lo que usted cree, Kelly?

—Sí, lord Kellaway —confesó Adam con voz grave—. Es lo que creo. Estoy seguro de ello.

—¿Cómo cree que sucedió? —interpuso su pregunta el mayor Marlowe vivamente.

—Es fácil. Un explosivo dentro de mi habitación. Nitroglicerina, activada a distancia. Creí que sería mediante el encendido de la luz, pero no era así. Sólo se trataba de meterla en algún sitio adecuado, conectándola a un pequeño detonador, sin duda impulsado por un mecanismo electrónico desde el exterior. Seguro que el coche que les mencioné ya no estaba en esa esquina, ¿acierto?

—Eso ha dicho el policía que lo buscó —convino lord Kellaway, sombrío—. No había vehículo alguno en la esquina que usted citó.

—Pero estaba cuando yo miré. Un viejo coche vulgar… y sin embargo con radioteléfono. Seguramente también con detonador electrónico a distancia. Todo muy sofisticado, como ven.

—¿Qué podían pretender? —objetó Hawkins, meneando la cabeza

—. Nadie puede saber que usted ha sido contratado por nosotros… Tal vez tenga algún enemigo en estas islas, capitán…

—Tengo muchos enemigos por el mundo —admitió Adam, encogiéndose de hombros con una dura risita—. No hace mucho, un puñado de rufianes intentó matarme en Hong Kong por orden de un cacique chino dedicado a las drogas. Pero no es fácil acabar conmigo. Supongo que ya han podido notarlo… De todos modos, creo que este atentado, aunque iba dirigido a mí, tiene alguna relación con ustedes…

—¿Por qué cree eso? —dudó lord Kellaway, arrugando el ceño con gesto preocupado—. Hawkins tiene razón. No es fácil que nadie sepa que fue usted contratado por mí…

—Pues quizás sí haya alguien que lo averiguase, y no tenga interés en que les acompañe en esta expedición. Será cuestión de tener a partir de ahora mucho cuidado, lord Kellaway. Puede haber otros enemigos que los que hirieron con un arma ponzoñosa a Doc Howard…

Y enigmáticamente, miró a los tres hombres, sin añadir una palabra más. En ese momento, el médico del hotel entró en la estancia. El noble inglés se volvió hacia él ansiosamente.

—¿Y bien, doctor? —preguntó, impaciente—. ¿Cómo está mi sobrina?

—Por fortuna, muy bien. La herida de su rostro carece de importancia —sonrió el médico—. Únicamente ha sido el susto. Esa joven tuvo mucha suerte de ser salvada tan a tiempo. De haber permanecido unos minutos dentro de ese dormitorio, hubiera muerto asfixiada… o presa de las llamas que quemaban su vestido…

Lord Kellaway asintió, mirando con muda gratitud a

Kelly. El mayor Marlowe dibujó en sus labios una sonrisa irónica, clavando sus ojos en el joven Hawkins. El rubio muchacho lanzó un resoplido y abandonó la estancia.

Los tres hombres permanecieron silenciosos unos momentos. Después, Aaron Waserman entró en la habitación del hotel donde estaban reunidos todos ellos, con gesto de sobresalto e inquietud.

—¿Es cierto lo que me han contado, lord Kellaway? —preguntó, alterada la voz—. ¿Ha corrido peligro su bella sobrina por culpa de un atentado?

—Así es, profesor —convino amargamente el noble—. Por fortuna, está fuera de todo peligro… Ah, le voy a presentar a nuestro nuevo compañero y amigo, el señor Kelly, más conocido en estas regiones por el nombre de capitán Dragón… Gracias a él, mi sobrina ha salvado hoy

su vida… Kelly, éste es el profesor Wasserman, nuestro científico.

—Es un placer conocerle, profesor —Kelly estrechó la mano del hombre de avanzada edad y aire apacible.

—Lo mismo digo, muchacho —sonrió éste—. Sobre todo, sabiendo que gracias a usted no ha ocurrido algo irreparable a una joven tan bella y encantadora…

—No sé si ello ha sido gracias a mí o por culpa mía, profesor —declaró tristemente Kelly—. Tengo la penosa evidencia de que yo era el objeto de ese fallido atentado… Es evidente que empiezo a estorbar a alguien, no sé por qué…

* * *

El mar se mostraba limpio y azul, como un enorme espejo sobre el que el yate *Zodiac*, como un juguete, destacaba su blanco casco, abriendo una brecha de espuma en la superficie, rumbo al sudoeste.

Las Filipinas quedaban atrás, y el mar de China, escenario de mil aventuras vividas y muchas más soñadas, se abría ante ellos, como un sendero infinito hacia la aventura, hacia el misterio y lo desconocido. Su hechizo era tal que, incluso en época tan poco romántica como la actual, aún parecía posible que el viejo mar exótico guardara en su inmensidad la peripecia novelesca ante piratas nativos, bandidos amarillos o truhanes occidentales en busca de riquezas milenarias en los archipiélagos asiáticos.

En la cubierta, ojo avizor, el llamado capitán Dragón, más capitán que nunca al mando de su barco, oteaba el horizonte, manteniendo el rumbo de la embarcación, en ruta hacia Indonesia.

La gran aventura había comenzado para todos los ocupantes de aquel yate ligero y grácil que buscaba una fortuna en diamantes y la sombra milenaria de un ser viviente perdido en la noche de los siglos.

—Un hermoso día para navegar, ¿no es cierto, capitán? —la voz sonó suave a sus espaldas, y el joven marinero se volvió.

—Así parece, señorita Kellaway —afirmó—. Pero nunca se fíe de la calma de estos mares. Acostumbra a ser engañosa.

—¿Es posible que un mar así pueda engañar a nadie? —dudó ella.

—Más que posible. Estas aguas cambien a veces con excesiva brusquedad, y a una serenidad pasmosa puede suceder repentinamente la peor de las borrascas. Como la propia alma oriental, es engañosa y sutil en sus encantos. He aprendido a desconfiar de todo ello en mis

largos años de vida en estos mares, señorita Kellaway.

—Por favor, Kelly, llámeme solamente Jenny —sonrió ella—. Somos amigos y compañeros de viaje… y además le debo la vida.

—No diga eso. De no estar yo allí en esos momentos, usted no hubiese peligrado lo más mínimo.

—Pero peligré. Y usted me salvó. Eso nunca lo olvidaré, Kelly. Gracias por todo.

—Está bien, pero no vuelva a… —se interrumpió y giró la cabeza—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —se sorprendió Jenny.

—Ese ruido… —los verdes ojos de Kelly escudriñaron el cielo. Al fin, captaron algo, todavía distante, pero cuyo sonido ronroneante, como el zumbido tenue de un mosquito, llegaba con claridad a sus oídos. Lo señaló, y ella alzó sus ojos al punto indicado—. Ahí lo tiene. Un helicóptero.

—No es muy visible —comentó Jenny.

—No, no lo es. Tiene el fuselaje azul. Un color muy adecuado para confundirse con el mar y el cielo fácilmente.

Los ojos azules escudriñaron las pupilas profundas del joven marinero con vivo interés.

—¿Cree que es intencionado usar ese color? —indagó.

—Es muy posible, si. Podría ser un espía que nos siguiera en nuestro viaje, Jenny.

—Sigue pensando que el atentado de Mindoro fue motivado por este asunto, ¿verdad?

—Sí, lo sigo pensando, aunque su tío lo dude.

—Pero ¿quién podría saber lo que intentamos ni tener interés en matarle a usted?

—Se sorprendería si supiera lo que muchas personas de este mundo estarían dispuestas a hacer por menos de la mitad del ejemplar de diamante que posee su tío en una caja fuerte de Londres. Imagine, por tanto, lo que harían por todo un yacimiento de esos preciosos cristales. Si las personas que intentan algo así son expertas en esta clase de peligrosos juegos, saben que mi presencia puede serles un problema llegando el momento. Y nada más lógico en tales circunstancias que intentar suprimir cuanto antes dicho problema.

—Le entiendo —afirmó Jenny Kellaway despacio, volviendo a escudriñar el helicóptero azul que, tras una evolución sobre el mar, a cosa de dos millas de distancia de ellos, se elevó más en el cielo,

confundiéndose con él y perdiéndose su ronroneo monocorde en la distancia—. Eso significaría que el peligro no se quedó atrás, en las Filipinas…

—No, claro que no. Yo más bien diría que esos peligros empiezan ahora.

—Dios mío, parece mentira… —suspiró ella, dirigiendo una amplia mirada en derredor—. Un paisaje tan apacible, un clima tan idílico… y pensar que podemos correr el riesgo de morir a manos de unos desaprensivos…

—Así es, amiga mía —sonrió Kelly, sentándose en la borda del yate, con el aire, húmedo y caluroso, agitando su chaquetón azul marino y los cabellos que flotaban bajo su gorra—. A usted puede inquietarle esa posibilidad, pero yo estoy ya demasiado habituado a ella…

—Sí, imagino que sí —la joven se puso a su lado, apoyándose en la barandilla, mientras el ligero yate surcaba el mar, con el rumbo automático en posición fija suroeste—. ¿Siempre ha llevado una vida semejante?

—Casi siempre. Mi padre fue marino. Llevaba un buque de cabotaje que un día se hundió en el mar del Japón a causa de un tifón de esos tan habituales en estas latitudes. Yo me había criado en el mar. Mi padre murió en ese viaje, pero a mí me salvaron unos marineros en un pequeño bote, en el que sobrevivimos tras casi dos semanas de navegar a la deriva, sin víveres ni agua. Tenía yo entonces siete años. Cuando logramos ser desembarcados en Vladivostok, por un carguero ruso que nos avistó, juré que seguiría los pasos de mi padre pero a mí aire. Y así lo hice toda mi vida.

—¿Con este yate siempre?

—Primero fue una pequeña motora con la que empecé a comerciar entre Hong Kong y otros puertos de Oriente, como los japoneses, los chinos o los coreanos. La droga era la mercancía más productiva, pero siempre la aborrecí, desde que vi morir a una muchacha víctima de la heroína, y he conocido a drogadictos que consumían opio o LSD. Nunca quise esa clase de carga y rechacé buenos beneficios, pero no por ello he seguido una conducta totalmente honesta. Traficar con diamantes, perlas o divisas, tampoco es demasiado legal, pero no hace daño a nadie, salvo a Unos cuantos funcionarios de Hacienda que se sienten burlados.

—Tiene su propio código moral, ¿eh? —rió Jenny de buen grado.

—Algo así —aceptó Kelly, sonriendo también—. Cuando gané lo

suficiente, adquirí este barco y seguí traficando en lo que fuese. Pero las cosas no siempre salen bien. Últimamente he sufrido bastantes pérdidas.

—¿Por eso aceptó este trabajo?

—La verdad, sí. Estaba cargado de deudas. El dinero de su tío me ha permitido liquidarlas y ganar algo para días venideros.

—Es usted un hombre singular… —pareció meditar sobre algo y luego orientó en otro sentido la charla—: ¿Alguna mujer en sus viajes, Kelly?

—Muchas —se encogió él de hombros, contemplando el azul—. Pero ninguna en serio.

—Dicen que todos los marinos son iguales.

—Oh, sí. En cada puerto un amor, y todo eso. A veces eso son tópicos solamente, Jenny.

—Tengo entendido que nuestro abogado de Hong Kong no le encontró precisamente en un club para caballeros —comentó ella, irónica.

—¿El farol rojo? —Kelly se echó a reír—. No, ciertamente, no es un convento de novicias ni cosa parecida. Tengo allí buenas amigas y amigos, eso es todo. Nada serio. Nunca he tenido un amor auténtico, en el completo sentido de la palabra.

—¿Cree que llegará a tenerlo alguna vez?

—No sé. Soy como este barco. Me cuesta estar mucho tiempo anclado. Lo que me gusta es esto: navegar, ir de puerto en puerto, de isla en isla. Llevo el mar, el olor a salitre y yodo en las venas. Este mundo tiene algo de mágico que cautiva y roba el alma. Algo que no se puede compartir con nadie.

—Y, sin embargo, quizás alguien esté esperando en Surabaya, sin ir más lejos.

Adam Kelly la miró sorprendido. Asintió luego con la cabeza.

—Sí —admitió—. Una nativa muy atractiva, Tagora. Siempre espera que cambie de idea y me quede a su lado definitivamente. Pero sabe que no le puedo prometer eso. Mentir a una mujer es algo que nunca haría.

—Un vagabundo de los mares del Sur, un hombre de las islas, mitad caballero andante, mitad bribón, soñador y aventurero, práctico y algo cínico. ¿Le gusta mi definición de su persona?

—Me encanta —rió de buena gana Adam, apartándose de la borda —. Ahora, disculpe, Jenny. Debo atender el timón y el motor.

—De acuerdo. Yo debo preparar el almuerzo —asintió ella—. Forma

parte de mis obligaciones en esta expedición, ¿no es cierto?

—Así es. No les gustarían mis comidas. Acostumbro a arreglármelas con una lata calentada y unas galletas. Según su tío, usted es una excelente cocinera.

—Ojalá pase bien la reválida a bordo —suspiró la joven, alejándose hacia la puerta de acceso a las cabinas del interior. Hasta luego, Kelly.

El joven capitán la vio alejarse con expresión pensativa. Luego se encaminó al timón para enmendar ligeramente el rumbo. El sol resplandecía en el azul del cielo, y la brisa era cálida y pegajosa. Examinó, con el ceño repentinamente fruncido, las ligeras nubes grises que asomaban allá en lo lejos, por la línea azul del horizonte.

—No me gustan nada —murmuró entre dientes, meneando la cabeza. Luego, creyó percibir nuevamente en la distancia el ronroneo del motor de un helicóptero. Pero no descubrió el fuselaje azul ni siquiera con ayuda de sus prismáticos. Encogiéndose ligeramente de hombros, se puso al mando de su pequeña nave.

Capítulo V

TIFÓN

LOS primeros indicios serios surgieron a media tarde.

El mar, tranquilo hasta entonces, comenzó a mostrar ondulaciones repentinamente bruscas. Se picó la superficie paulatinamente, empezando a oscilar el barco con mayor intensidad, y las nubes que inicialmente eran unos leves manchones grisáceos, como pinceladas de tono plomizo en el horizonte, se fueron haciendo más abundantes y densas. El aire incrementó su fuerza, y las ropas se agitaron con violencia sobre los cuerpos de los expedicionarios. La melena dorado oscura de Jenny Kellaway ondeaba como un estandarte de oro cobrizo en la tarde azul, golpeando su rostro preocupado.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Kelly? —indagó el tío de la joven, acercándose al capitán Dragón con el ceño fruncido.

—Lo peor, señor —manifestó éste sin rodeos—. Se aproxima un tifón.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Estamos en el mes de setiembre, que es idóneo en estas costas para que se desaten los tifones. Dentro de poco, el viento se hará huracanado, comenzará la lluvia torrencial, y el mar jugará con nosotros como si fuéramos una simple cáscara de nuez. Será mejor que vayan encerrándose en sus cabinas y sujetándose bien a alguna parte, o el baile no va a gustarles demasiado, lord Kellaway.

—¿Y usted?

—Yo debo permanecer en cubierta, ocurra lo que ocurra.

Si el yate queda a merced de los elementos en pleno tifón, podemos darnos todos por perdidos.

—¿Podrá soportar un tifón en la cubierta de este cascarón, Kelly? —se asustó el noble británico.

—He soportado ya algunos —sonrió duramente el joven—. Nunca se

sabe si uno va a sobrevivir al próximo. Pero es preciso intentarlo con todas las ganas, señor.

Como dando la razón a sus presagios, el viento empezó a soplar racheado, con una velocidad y fuerza inquietantes, haciendo oscilar a los pasajeros, que se miraron entre sí, preocupados.

—Creo que ya lo tenemos encima —comentó alarmado el mayor Marlowe.

—Casi —admitió Kelly, sombrío. Gruesos, repentinos goterones de agua batieron la cubierta y martillearon sobre sus rostros y los vidrios de la cabina de mando y de los ojos de buey de los camarotes. Las olas se embravecieron con rapidez sorprendente. Dos de ellas barrieron un lado de la cubierta, al crujir el barco, venciéndose con fuerza de babor.

—¡Abajo! —ordenó rotundamente Kelly—. ¡Todos abajo ahora mismo y sujétense bien con correas, cuerdas o lo que sea! La danza ha comenzado ya…

Corrió, agazapado por cubierta, recibiendo el viento de refilón, que casi le arrancó la gorra de la cabeza. Se la quitó, y penetró en la cabina del puente, para ocuparse del rumbo de la embarcación en pleno centro del huracán. La lluvia corría ya con violencia sobre los vidrios de la misma. Los cinco pasajeros se metieron con rapidez dentro de los camarotes, no sin que Jenny, antes de desaparecer por la escalerilla de acceso, dirigiera una mirada de honda preocupación hacia la cabina donde Kelly iba a sujetar el timón con mano férrea para combatir el azote de los elementos desencadenados. Ya era tiempo de ello, porque el tifón empezaba a hacer acto de presencia en toda su virulenta intensidad, propia de aquellos mares.

Las olas encrespadas sobrepasaban ya el nivel de la cubierta, barriendo ésta en toda su amplitud. De haber permanecido alguien en ella en esos momentos, le hubiera sido muy difícil contrarrestar la furia de las aguas y permanecer en cubierta indemne. Adam Kelly, con gesto pétreo, endurecida mirada y manos férreas, comenzó la lucha con el timón, evitando que el frágil yate pudiera hundir irremisiblemente su proa en las enfurecidas aguas o volcar de babor o estribor, sacudido por la furia del huracán, cada vez más intenso.

De repente, como si se hubiera hecho la noche, sobre el barco se amazacotaban los negros nubarrones, oscureciendo la visión, y la cortina de lluvia era torrencial, borrando los contornos mismos de la borda, a ojos del capitán Dragón, que sorteaba con habilidad de viejo lobo marino los embates furibundos de las más altas y violentas olas.

Crestas enormes de espuma se estrellaban contra el yate, zarandeándolo de un lado para otro. El ulular del viento y el bramido del oleaje, formaban una sinfonía trágica y grandiosa, como espectáculo wagneriano en cuyo escenario luchara un débil héroe pretendiendo convertirse en un titán digno de la mitología germana.

La violencia del huracán abrió la puerta de la cabina en un determinado momento, arrojando dentro con ímpetu una descarga de agua, cuando una ola de varias yardas de altura sobre el nivel de la cubierta, alcanzó el puente. Kelly tuvo que aferrarse al timón con ambas manos, sintiéndose casi arrancado de cuajo del suelo en que pretendía asentarse.

Al retirarse la ola, el barco se venció de babor, y Kelly rodó por la cabina, sin poderse mantener sujeto al timón. Este giró, y el barco inició un peligroso bamboleo, en medio de un caos gigantesco de viento y oleaje. Rodando, llegó a la puerta y logró cerrarla y asegurarla, antes de que otro impacto de agua hiciese entrar un alud de líquido elemento en la cabina, llevándole consigo al negro vacío de la oscuridad exterior, cosa que hubiera sido mortal para él y para el propio yate, con todos sus ocupantes.

Se incorporó, mientras el yate sin control bailoteaba amenazador, presa de la violencia de las aguas y del azote brutal del huracán. Kelly calculó que en ese momento se hallaban en el centro mismo del tifón y que, de seguir navegando en igual rumbo, terminarían despedazados por su furia devastadora que iba en aumento y les envolvía como un torbellino mortífero. Exasperado, sujetó ahora el timón con manos de acero, y le dio un giro repentino hacia estribor, intentando huir del ojo del tifón con un giro de noventa grados sobre la ruta fijada.

La embarcación crujió, golpeada ahora de proa por un furibundo frente marino que coronó de agua y espuma la cubierta hasta la altura del puente, haciendo crujir un lado de la barandilla de borda, que se arrancó de cuajo, como si el yate fuese un juguete de plástico y la arrastró al fondo marino. En medio de un bamboleo enloquecedor, el *Zodiac* siguió luchando por salir del centro mismo del tifón, en feroz duelo contra los elementos desatados. Kelly conducía su barco virtualmente a ciegas, sólo a través de las indicaciones de la brújula y del radar, porque la visión ahora era nula, con el martilleo constante del diluvio torrencial y de las olas barriendo los resistentes vidrios de la cabina, que no cedían de puro milagro, aunque sus crujidos frecuentes le hacían temer lo peor.

Paulatinamente, con mucha lentitud pero con regularidad ostensible,

la furia del oleaje y de la lluvia fue cediendo. Media hora de titánica lucha más tarde, la lluvia seguía siendo torrencial pero sin la violencia anterior, las olas barrían la cubierta más mansamente, y los crujidos y bailoteos del yate eran menos frecuentes y perceptibles.

Kelly respiró hondo, aferrado al timón como si formase parte del mismo, la mirada fija en el vidrio situado ante él. De pronto, pudo ver algo: la cubierta, la proa, hendiendo el fuerte oleaje, las crestas de espuma del mar, batiendo el casco del *Zodiac*.

Su experiencia marina le decía que eso era bueno. Estaba saliendo del tifón. Un poco más, y no podrían cantar victoria.

Mantuvo el rumbo sin variación alguna, abriéndose paso a través del mar enfurecido, con el viento de popa, impulsándole brusca pero favorablemente lejos del centro amenazador del tifón, y la lluvia racheada de estribor, por momentos más débil.

—Ya… —jadeó, pálido y tenso, pero todavía dueño de sí y con su indomable energía de siempre—. Ya estamos a punto de lograrlo, barquito amigo… viejo fiel…

Así era. El *Zodiac*, aquel yate adquirido de segunda mano en un puerto de Malasia años atrás, a un comerciante de especias de Singapur, respondía como siempre leal y honradamente a sus afanes. Una vez más habían dejado atrás las sombras de la muerte, para sobrevivir a un tifón, uno de tantos como había salvado en su vida, uno como aquel que un lejano día, en las costas del Japón, le arrebató la vida a su padre, único ser querido a quien conoció, puesto que su madre, una americana que trabajaba en Malaca como cantante de café, había muerto al darle a él a luz.

Minutos más tarde, clareaba el atardecer, en tonalidades azul-grises, suaves y reconfortantes, mientras el mar de China se iba calmando poco a poco, quedando solamente en una superficie rizada por una fuerte brisa de poniente, pero nada más.

Kelly descolgó el teléfono que tenía en la cabina del puente de mando, y que comunicaba con las cabinas de pasajeros. Preguntó roncamente, tras respirar hondo:

—¿Todo bien abajo?

Una voz débil, temblorosa, la de Hawkins, le contestó con brevedad:

—Sí, capitán. Aquí, todos bien… ¿Y el tifón?

—Quedó atrás —rió Kelly de buen humor—. Le hemos ganado la partida…

Colgó, riendo, y siguió al mando del barco, hasta estabilizar por

completo su rumbo, en dirección a la isla de Java, desde cuya ciudad costera, Surabaya, iniciarían el definitivo asalto en busca del eslabón perdido. Y de una fortuna en diamantes.

Capítulo VI

SURABAYA

KELLY se incorporó del lecho. Entre las sábanas revueltas, quedaba el cuerpo desnudo y broncíneo de la hermosa Tagora. Él se puso su blanco pantalón, el desnudo torso de bronce musculoso al aire. Encendió su pipa, mirando por la ventana al puerto de Surabaya, extendido ante la casa de la nativa como un paisaje pintoresco, apacible y lleno de exotismo, digno de los pinceles policromos de un nuevo Gauguin.

Los juncos chinos, las embarcaciones malayas y los yates occidentales, compartían los embarcaderos de la más importante P9blación del litoral de Java, excluida la propia Yakarta, capital de la república indonesia. Por los muelles, los *rickshaw* compartían la húmeda calzada con los automóviles y los carruajes de tracción animal, cargados de frutos tropicales, arroz, té o café. Camiones con carga de caucho —la mayor producción del país, primero del mundo en ese producto natural —, cruzaban a veces con rumbo a los grandes cargueros situados en la zona portuaria destinada a los mercantes. Gentes de todas razas, con predominio de la amarilla en sus diversas representaciones, deambulaban, ruidosamente y apresuradas, por entre puestos destinados a la venta de *souvenirs*, cocos, quesos y sedas del país.

—Surabaya… —murmuró entre dientes Kelly—. Eres única.

—Esas cosas no me las dices a mí. Adam —se quejó Tagora desde el lecho, semi envuelta su exuberante figura de formas macizas por el blanco, liviano tejido, que no hacía otra cosa que resaltar la plenitud de sus magníficos pechos, dibujando sus marcadas corolas, o ciñéndose a sus muslos soberbios, de piel dorada oscura—. Sólo te gustan tus ciudades, tus puertos, tus mares, tus islas… pero nada que sea humano y sienta y palpite…

—Todo lo que nos rodea es humano, Tagora. Todo tiene alma y palpita, ¿no lo notas?

—Sólo me gusta notar tu presencia, tus palpitaciones, tu alma, Adam

—ronroneó ella, entornando sus negros ojos, que le miraron voluptuosos tras las sedosas pestañas. Una mata de negro pelo lacado barrió su desnudo hombro y ocultó la mitad de su dulce, exótico rostro sensual, de labios carnosos y ojos rasgados de oblicuo trazo—. Ven, amor, ven aquí. A veces no sé si eres frío como el hielo o ardiente como el sol de los trópicos en que he nacido…

Kelly fue hacia ella lentamente. La miró. Golpeó su pipa en el cenicero hecho de cáscara de coco, sonriente.

—Puedo ser como tú lo quieras, Tagora —dijo—. Pero no me pidas nunca más de lo que pueda dar. Ese ha sido siempre nuestro mutuo convenio, ¿no es cierto?

—Sí, querido mío. Yo te acepto cómo eres porque te amo… Ven aquí… A mi lado… ¿O ya no me deseas?

—Sabes que sigo deseándote más que a nada ni a nadie en este mundo —él regresó al lecho, se hundió entre sus calientes sábanas con olor a especias y a piel femenina, silvestre y limpia—. Y no te miento. Lo que nunca te juraría es un amor que, tal vez, ni siquiera he llegado a sentir jamás ni llegue a sentirlo en el futuro. No me gusta engañarte, bien lo sabes, Tagora. Pero soy tuyo. Totalmente tuyo mientras estoy a tu lado o cerca de ti, eso sí puedo prometértelo y sabes que soy sincero.

—Lo sé, amor, lo sé… —susurró ella, envolviéndole en la ardiente seda viva y palpitante de sus formas femeninas.

Kelly se dejó sumergir en esa vorágine de pasión y deseo. Sus labios encontraron los húmedos y voluptuosos de ella. Se estrujaron mutuamente en un beso intenso, apasionado. Sus cuerpos se estremecieron, pegado el uno al otro, hasta la completa fusión que los convertía en uno solo.

Fuera, la ciudad de Surabaya seguía siendo una sinfonía bulliciosa de voces, cánticos, ruidos y vida palpitante, y a la vez lánguida y perezosa, con esa rara serenidad llena de pálpito humano, de fiebre pasional y de color candente que es la existencia cotidiana en los puertos isleños de los mares de China…

* * *

—¿Y ahora… adónde, Adam?

Él se encogió de hombros, mientras abotonaba su camisa sobre el atlético torso. Su mirada perezosa parecía ir infinitamente más lejos de la superficie azogada del espejo.

—Por ahí —dijo, ambiguo—. Como siempre.

—Eso quiere decir que vuelves a marcharte —se quejó ella.

—Compréndelo. Tengo que hacerlo, Tagora. Vivo de mi trabajo, y mi trabajo es navegar. Pero esta vez no iré lejos. Volveré pronto.

—Eso dijiste la otra vez —suspiró la nativa, cubriendo su desnudo cuerpo palpitante, de agresivas formas, con el *sarong* de vivos colores—. Y tardaste seis meses en regresar…

—Esta vez será distinto. No habrá complicaciones que me alejen más. Es una tarea cerca de estos parajes, en las islas del norte. Ya sabes, en el archipiélago. En cuanto termine, regresaré a Surabaya para verte, Tagora.

—¿Y si no regresas?

—Significará que habré muerto —dijo con sencillez Kelly.

—Muerto… —se asustó ella, abriendo mucho sus negrísimos ojos—. ¿Por qué hablas así? Tú nunca has mencionado la muerte…

—Tal vez me esté volviendo viejo —sonrió él—. O quizás que la sentí demasiado cerca en dos ocasiones, aún no hace mucho: una, cuando alguien intentó volarme en pedazos en un hotel de Mindoro. La otra, metido en un tifón que estuvo a punto de hacer trizas el *Zodiac*.

—Deja ese asunto. Hazme caso —rogó ella, aferrándole un abrazo con gesto de temor en su hermoso rostro exótico.

—No puedo. He aceptado un trabajo. Me pagan por ello. Yo no abandono nunca a mis clientes, Tagora. Además, ¿cómo podría hacerlo? Me han resuelto mis deudas, mis problemas económicos. Este viaje puede ser decisivo para mi futuro.

—¿Para el tuyo solamente… o para el de los dos? —musitó ella, besando el cuello de Adam melosamente, con una luz de ruego implorante en el azabache de sus pupilas oblicuas.

—Si es para mí, será también para ti… —dijo él con voz firme.

—¿Seguro? —dudó Tagora, acercándose a una ventana abierta, por la que Kelly acababa de mirar al exterior—, ¿Quiénes son esos que están sentados en aquel café? Todos son occidentales…

—Son mis clientes —dijo Kelly, evasivo.

—Oh, ¿ésos? —ahora, el fulgor en los ojos de ella fue celoso. Hay una mujer rubia entre ellos. Una mujer muy joven… y muy bonita.

—Sí, es Jenny Kellaway, la sobrina del patrón. Una dama inglesa muy rica.

—Ahora empiezo a comprender por qué te gusta tanto esta misión…

—No digas tonterías. Esa mujer no significa nada. Es sólo una cliente. Una dama de su categoría no tiene nada que ver con un marinero de los trópicos como yo.

—Pero tú eres viril, atractivo, valeroso… La clase de aventurero que gusta a las mujeres blancas, Adam. Seguro que le gustas.

—Vamos, vamos, estás diciendo disparates, querida —rió sordamente Adam, tomando su chaquetón azul y su gorra, tras poner unos billetes de cien rupias indonesias sobre la mesilla—. Ahora debo irme. Me están esperando para hacerse a la mar.

—Me pagas como si fuese una prostituta —se lamentó ella amargamente, mirándole con gesto de dolor mientras él llegaba a la puerta de la vivienda hecha de madera y cañas, a la típica usanza local.

—Tagora, ¿por qué dices esas cosas? —se detuvo él, mirándola sorprendido—. Nunca te quejaste de que te dejara dinero cuando paso por aquí… Siempre lo hemos considerado una ayuda. Cuando tengo dinero, te envío algo o te lo doy si estoy en Surabaya. Si no tengo nada, nada te puedo dar. Tú sabes cómo es mi vida. Y yo sé tus necesidades. Trabajas, pero no es bastante. Lo que no quiero es que seas precisamente eso que has dicho: una ramera que se gana la vida a costa de los viajeros de estas islas. Por eso ahora puedo dejarte dinero para una larga temporada. Ahí tienes más de quinientos dólares. Con ese dinero, en un sitio como éste, se puede vivir mucho tiempo sin apuros. Yo volveré antes, Tagora.

—Tal vez tengas razón en lo que dices —susurró ella—. Perdóname. Creo que estoy celosa por primera vez en mi vida, Adam…

Le besó. Él sonrió, acariciando sus desnudos hombros suavemente, y se alejó con la chaqueta colgada de un hombro, en dirección al café situado al otro lado de la calle. Los ojos de Tagora le siguieron tras las rendijas de la persiana de cañas, hasta que le vio tender su mano a los demás personajes occidentales. Cuando fue la mano de Jenny Kellaway la que estrechó, ella se metió dentro con rapidez, rodando una lágrima por su bronceada mejilla.

* * *

—¿Resolviendo negocios en Surabaya? —fue la pregunta amable de lord Kellaway.

—Sí, algo así —asintió evasivo Kelly, sentándose con ellos y pidiendo un whisky al camarero nativo que le atendió.

—¿Negocios del corazón? —sonrió burlonamente Jenny.

Kelly la miró de reojo y meneó la cabeza, de forma ambigua.

—Es posible —admitió—. Conozco a mucha gente en esta población.

—Si era alguna mujer, seguro que se trataría de una vulgar mujerzuela, ¿no, capitán?

Quien hacía tan insultante pregunta era el joven Hawkins, con cierta expresión agresiva en su rostro pecoso. Kelly le clavó rápidamente los ojos con frialdad.

—Es usted un cerdo —replicó con voz seca.

—¿Qué ha dicho? —bramó el joven inglés, enrojeciendo vivamente —. ¿Olvida que trabaja para nosotros y nos debe un respeto, Kelly?

—Yo no trabajo para usted, sino para lord Kellaway —dijo glacialmente Kelly—. Y ha de empezar usted por respetar a quienes yo conozco, amigos o no. Pero muy especialmente, si esa persona es una mujer a quien ni siquiera usted ha visto jamás. Rectifique sus palabras y discúlpese, o le romperé la cara, Hawkins.

—Vamos, vamos —rogó vivamente el noble, interponiéndose—. Tengamos la fiesta en paz. Eviten peleas. Usted. Hawkins, discúlpese con el capitán. Y usted dé por olvidado el incidente, Kelly.

Frank Hawkins gruñó algo entre dientes. Tras un repentino rubor, había palidecido, mirando con hostilidad a Adam. Pero finalmente se decidió a disculparse de mala gana:

—Lo siento —dijo—. No quise ofender a nadie.

—Así está mejor —respondió el joven marino con voz helada—. Pero no vuelva a hacer un comentario así, se lo ruego.

La reunión parecía haber entrado en un momento de tensión que alejaba su habitual atmósfera cordial de camaradería. Lord Kellaway juzgó llegado el momento de iniciar la partida hacia las islas.

—Ya están cargadas las provisiones a bordo —indicó el noble, acercándose a Kelly—. También he hecho cargar algunas armas, por si acaso.

—¿Armas?

—Sí: rifles de repetición, revólveres, unos cartuchos de dinamita y un fusil ametrallador, con su correspondiente munición. No sabemos lo que puede esperarnos en esa isla, si es que la encontramos. ¿Acaso hice mal, capitán?

—No, no. Lo que espero es que nunca sea necesario usarlas.

—Usted sabe que, si Doc Howard no deliraba en su agonía, allí hay gente agresiva, con armas venenosas, además de la posible existencia de

una tribu primaria de hombres-mono detenidos en el tiempo… Y Doc Howard nombró también un peligro llamado Kaloa, que no sabemos siquiera qué es. Toda precaución creo yo que será poca…

—Sí, es posible. ¿Indagó algo sobre esa isla que Howard bautizó como isla Ictiosaurio?

—Por supuesto. Nadie sabe nada aquí de tal nombre, ni en el centro geográfico de Surabaya, ni en la comandancia de marina ni en el servicio de guardacostas del gobierno indonesio. También he consultado con pescadores y gente de los muelles, incluso con un pescador de perlas que se conoce todo esto como la palma de su mano. Nunca oyeron hablar de isla Ictiosaurio, al menos con ese nombre.

—Me lo temía —suspiró Kelly—, Yo también he hecho mis averiguaciones con nativos que se conocen las islas de alrededor a la perfección. Absolutamente ninguno tiene la menor idea del lugar que le mencionó Doc Howard.

—¿Y si todo fuese falso, lord Kellaway, y el tal Howard sólo deliraba en su agonía? —sugirió el profesor Wasserman con aire sombrío.

—¿Pero y el diamante, profesor? —objetó el noble inglés—. ¿Y la herida emponzoñada con el veneno que paraliza lenta y paulatinamente?

—Podría tener todo otra explicación que la mente enferma de Doc Howard falseó en sus alucinaciones —sugirió el mayor Marlowe con una sombra de preocupación en su curtido rostro.

—No lo creo —rechazó Kelly vivamente—. Ese lugar tiene que existir y, por alguna razón, nadie sabe dónde está. En cuanto al nombre que le puso Doc Howard, tal vez tuviese una explicación para él, y el auténtico nombre de la isla, si es que tiene alguno, sea muy distinto a ese que nosotros conocemos.

—Pero la búsqueda de la isla puede llevarnos años —se quejó el profesor Wasserman—. Creo que hay cientos en los alrededores de la costa de Java…

—Así es —corroboró el capitán Dragón—. Islas, islotes, atolones y peñascos simples, emergiendo del mar. Una pléyade de ellos por doquier. Esperaba tener algún éxito en Surabaya, pero empiezo a perder la esperanza. Si usted lo desea, lord Kellaway, abandonaremos la isla de Java al mediodía…

—Es una buena hora para iniciar la singladura decisiva —convino el noble con un asentimiento de cabeza—. Y que Dios nos ayude. Vamos a necesitarlo.

—Sí, opino igual —admitió Kelly, pensativo, poniéndose en pie.

El grupo se dispersó, para hacer sus últimas compras antes de levar anclas rumbo a las islas del norte de Java. Adam

Kelly se dirigió en derechura hacia los embarcaderos, para preparar a bordo las cosas de última hora. El sol estaba ya bastante alto en el cielo azul, y debía apresurarse.

En ese instante, su oído captó de nuevo aquel ruido lejano y familiar. Rápidamente, desvió sus ojos del astro diurno, para buscar en el azul, sobre los tejados de Surabaya. Vislumbró el helicóptero azul sobrevolando el litoral, no lejos del muelle. Frunció el ceño.

«De modo que superó la prueba del tifón y ha llegado aquí sano y salvo… —se dijo entre dientes—. Juraría que ese helicóptero nos está siguiendo todo el tiempo. Y que no es ajeno a lo sucedido en Mindoro…»

Cruzó varias calles, entre tenderetes dedicados a la venta de frutos tropicales, sedas y abalorios, antes de enfilar los embarcaderos donde tenía su yate anclado. Le saludaban muchos nativos, a quienes conocía de otros viajes. Una gorda mulata le obsequió con un fruto que saboreó sin dejar de caminar, con su larga y fácil zancada por entre el bullicio populoso de las gentes de los muelles.

Súbitamente, ocurrió algo. Una sombra humana surgió de entre los tenderetes más próximos y, con inusitada violencia, derribando uno de los puestos y dispersando las frutas maduras y multicolores por los suelos, se precipitó sobre Adam Kelly, derribándole impetuosamente sobre el mojado empedrado del muelle.

—¿Qué mil diablos significa…? —comenzó Adam, revolviéndose, a punto de golpear sin contemplaciones a su agresor.

—¡Quieto en el suelo, capitán, por lo que más quiera! —jadeó una voz junto a él, en imperfecto inglés—. ¡Quieto, *tuan*!

Coincidiendo con esa advertencia, resonaron unos sordos taponazos que el joven marino conocía muy bien. Algo silbó sobre él, allí donde poco antes estaba en pie, y fue a alcanzar a un muchacho nativo, que gritó, desplomándose con un repentino manchón escarlata sobre el desnudo y huesudo pecho. Otro proyectil reventó un coco, con un crujido áspero, empezando a derramar su blancuzca leche al suelo.

—¡Disparos! —bramó Kelly.

—Sí, *tuan* —le dijo su salvador, tendido junto a él en el empedrado —. Disparos contra usted. Vi al hombre… en aquel coche…

Kelly, pegado a tierra, miró en esa dirección, mientras una tercera

bala zumbaba en el muelle, y los vendedores se dispersaban, gritando aterrorizados, y derribando muchos de ellos la carga de su carrito o de su tenderete, en un caos de frutos tropicales reventados contra el suelo.

El joven capitán lanzó un rugido, y se incorporó, desprendiéndose de su salvador y echando a correr hacia el automóvil que se alejaba, y en el que viajaban un hombre a quien había logrado vislumbrar ya fugazmente: un tipo con traje de hilo color crudo, sombrero panamá y una potente pistola Walther provista de silenciador, capaz de agujerear una piel de rinoceronte a aquella distancia, tal era su calibre.

—¡No, *tuan*, no haga eso! —le imploró el hombre que había salvado su vida arrojándole tan oportunamente al suelo—. ¡Le matará! ¡Usted no lleva armas nunca!

—Esta vez sí, Jahor —le respondió roncamente Kelly, sin dejar de correr, desenfundando su revólver.

Disparó contra el automóvil una sola bala, porque temía herir a cualquiera en medio de tan concurrido lugar. Su disparo reventó un neumático del coche que intentaba escapar, y éste, que aceleraba en ese momento, perdió la estabilidad, golpeó contra una esquina de un edificio de piedra, y salió despedido hacia un lado, de modo que fue a asomar el morro por uno de los espigones del puerto. Su propio peso le arrojó al mar, en medio de un violento chapoteo, agitando en torno los pequeños juncos chinos y las canoas de los pescadores nativos.

Kelly corrió en esa dirección, saltando por encima de los frutos derramados, y cuando asomó al muelle, ya se hundía por completo el coche en las profundas aguas cubiertas de suciedad y de grasa.

Varios muchachos huesudos pero fuertes y elásticos como felinos, se lanzaron al agua para intentar sacar del vehículo a sus dos ocupantes, chófer y tirador. Eran nativos habituados a largas inmersiones en busca de ostras perlíferas. Pero cuando emergieron de nuevo, movieron negativamente sus cabezas de pelo grasiento y negro, empapado ahora por el agua sucia del muelle.

—¿Nada? —preguntó Kelly en nativo.

—Nada, *tuan* —respondieron, dándole su habitual trato respetuoso —. Se quedaron encerrados dentro. No es fácil abrir las portezuelas. Pero tampoco hace falta ya. Están muertos los dos…

Kelly maldijo entre dientes. Había tenido la posibilidad de saber a quién estorbaba tanto su persona. Pero el asesino estaba sin vida bajo las aguas, igual que el hombre que conducía el coche del agresor. Por ellos ya nunca sabría nada.

Regresó lentamente a su yate, en medio de los grupos de curiosos espectadores, mientras los vendedores recogían sus mercancías lamentándose plañideramente en su lengua. Los ojos de Kelly se fijaron en su joven salvador y sonrió.

—Gracias, Jahor —dijo con sencillez—. Te debo la vida, muchacho.

—Oh, *tuan*, no diga eso —respondió con amplia sonrisa el delgado y fibroso nativo de gesto risueño y ojillos estrechos y almendrados, que se limpiaba de pulpa de papayas la piel, mirándole alegremente—, una vez usted salvó la vida de Jahor. Yo nunca lo he olvidado…

—Bien, entonces estamos ya en paz —suspiró Adam—. ¿Tienes trabajo?

—El trabajo es difícil hoy en Surabaya, No, capitán. Jahor no tiene trabajo. Pero siempre se hace alguna cosa para ir viviendo…

—Una vez me dijiste que te gusta mucho navegar…

—Mucho, *tuan* —afirmó el muchacho con entusiasmo—. El mar me vuelve loco…

—Pues bien. Ya tienes trabajo.

—¿Qué… qué quiere decir, capitán? —abrió cuanto pudo sus oblicuos ojos orientales, con asombro y esperanza.

—Lo que he dicho —le tendió un rollo de billetes de rupias indonesias, que el muchacho tomó con estupor e incredulidad—. Te nombro mi ayudante a bordo. Te ocuparás del timón, de la conservación del motor y de otros trabajos mientras dure nuestro viaje actual, ¿de acuerdo? Ese es un anticipo sobre tu sueldo.

—¡Oh, *tuan*, eso es magnífico! —aprobó él, entusiasta—. ¡Yo a bordo con el mejor capitán de todos los mares!

—Bueno, bueno, los piropos no entran en tus obligaciones —rió Kelly de buen grado, palmeando la flaca espalda del muchacho con afecto—. Vamos, si quieres. Ahora me dirijo a bordo. Te enseñaré tus obligaciones. También te comprarás una chaqueta y una camisa para servir a bordo las comidas, ¿de acuerdo?

—¡Claro, *tuan*, lo que usted diga! —aprobó feliz el muchacho, caminando a saltos a su lado.

Momentos después, ambos subían a bordo. Kelly alzó la cabeza. En la distancia, no muy lejos del lugar de amarre de su embarcación, el helicóptero azul sobrevolaba las aguas. El capitán estuvo seguro de que unos prismáticos potentes estaban ahora fijos en él, espiando sus movimientos.

Los que enviaron contra él a un asesino, debían de saber ya que su

segundo intento había fracasado, y el capitán Dragón seguía con vida.

Y a punto de partir en busca del eslabón perdido, por supuesto.

Capítulo VII

LA ISLA DEL ICTIOSAURIO

—¿CREE que era necesario a bordo ese muchacho?

—¿Por qué no? Yo necesitaba un ayudante. Él lo será en todo momento, estoy seguro, lord Kellaway.

—Pero ¿es de confianza? —dudó el noble inglés.

—Total y absoluta —afirmó con énfasis Kelly—. Hoy me salvó la vida. Ha hecho a veces trabajos para mí en otras ocasiones. Es un muchacho simple y honesto, se lo garantizo.

—Bien, es cosa suya, en todo caso. Y si sabe pelear, no nos vendrá mal cuando las cosas puedan ponerse mal. Que a la vista de las circunstancias, no me sorprendería nada, Kelly.

—A mí tampoco —confirmó el capitán, ceñudo—. Alguien nos sigue y vigila muy de cerca, lord Kellaway.

—Pero sí, parece inexplicable… ¿Quién puede conocer nuestros planes?

—No lo sé. Pero es evidente que sí los conocen. ¿Todos los miembros del grupo son de confianza?

—Cielos, por supuesto —el aristócrata le miró con asombro, casi escandalizado—. ¿Qué quiso decir con esa pregunta, capitán?

—Nada especial. Si sólo ustedes cinco conocen el secreto de lo que estamos buscando, ¿cómo se explica que alguien también sepa lo que intentamos, y trate de apartarme definitivamente de ustedes por los medios que sea?

—No logro entenderlo… Pero no puedo creer en una imprudencia.

—¿Y en una traición? —sugirió de repente Adam, mirando muy fijo a lord Kellaway, que pegó un respingo al oír esas palabras.

—Cielos… —jadeó—. ¿Qué locura es ésa? ¿Un traidor entre mi gente? ¡Imposible, capitán! Mi sobrina es como si fuese yo mismo. Hawkins es un muchacho que nos ha acompañado en muchos viajes

como amigo… y como enamorado de Jenny, justo es admitirlo. En cuanto al mayor Marlowe, es un hombre íntegro, ex militar, de sólida posición social y económica en Inglaterra… Y el profesor Wasserman es un científico notable, con una cátedra de Paleontología en Londres, al margen de toda sospecha…

—Pues aun así, tiene que haber una filtración en alguna parte, señor —sostuvo con firmeza Kelly—. Antes era una sospecha nada más. Ahora, empieza a ser casi una convicción… Tenemos tras de nuestros pasos a un helicóptero pintado de azul, que nos viene siguiendo desde las Filipinas.

—¿Un helicóptero azul? —miró el firmamento, nítido y sin nubes—. Yo no veo ahora nada, capitán. ¿No estará dejándose llevar excesivamente por la imaginación?

—¿También era imaginación mía la explosión en el hotel de Mindoro y el atentado a tiros de esta mañana en Surabaya? —replicó agriamente Adam Kelly.

—Admito que todo eso es inquietante y extraño, pero yo sigo atribuyéndolo a alguna enemistad personal, Kelly. Ya verá cómo las cosas son tal y como yo le digo…

Adam le contempló en silencio. Luego se encogió de hombros, dirigiéndose al puente, donde el fiel Jahor cuidaba de mantener el rumbo al timón del *Zodiac*.

—Ojalá sea así, lord Kellaway —dijo secamente—. Pero j yo no me fiaría demasiado.

Se cruzó con Jenny, que subía por la escalerilla de camarotes. La saludó cortésmente. Ella le detuvo, apoyando una mano en su brazo. Vestía solamente una blusa azul, sobre su pecho carente de postizos ni sujetadores, y unos breves *shorts* blancos que dejaban lucir la belleza de sus finas pantorrillas y sus bien torneados muslos. La piel de la joven estaba bronceada por el sol y en ella brillaba tenuemente el dorado y suave vello que evocaba la superficie de un dulce melocotón.

—¿Quiere algo, Jenny? —preguntó Kelly algo frío.

—Sí. Me he enterado de lo sucedido en el muelle de Sura— baya. Me alegra que no le sucediera nada, pero me asusté mucho al saberlo…

—Son gajes del oficio —sonrió Adam, encogiéndose de hombros—. Lo importante es sobrevivir, después de todo.

—¿Cree que el hecho está relacionado de algún modo con nuestro viaje?

—Estoy convencido de ello, sí. Ya se lo he dicho a su tío. Ahora si

me disculpa, tengo trabajo en el puente…

—Kelly, ¿qué le ocurre? —se dolió ella—. ¿Me rehúye acaso?

—No. Pero no me gustaría tener nuevos roces con Hawkins. Está enamorado de usted y se siente celoso. No conviene provocar tensiones durante un viaje así.

—¿No será más bien que es usted quien no desea estar a mí lado, después de verse en Surabaya con esa chica de quien me habló? Tagora era su nombre, ¿no?

—Sí, tiene muy buena memoria —afirmó Kelly—, No, no es por eso. Yo nunca oculto mis cosas a los demás. No miento. Tagora se sintió celosa de usted al verla en el café esta mañana. La convencí de la verdad: sólo somos compañeros de viaje, camaradas en una aventura en la que yo soy solamente un asalariado.

La presión de la mano de Jenny en su brazo se hizo más fuerte. Ella respiró hondo y pegó sus senos al brazo de Kelly, que notó la dureza de sus pezones a través de la liviana tela de la blusa. El calor del muslo de la joven llegó hasta el suyo, tal era su proximidad.

—Será así sólo porque usted quiere, capitán —dijo en un murmullo.

Adam la miró, arrugando el ceño. Se apartó cuanto pudo.

—Será mejor que lo dejemos, Jenny —cortó, glacial—. No tiente al diablo. Suele salir mal.

—Me gustaría saber qué hace el diablo al ser tentado —susurró ella, insinuante.

—Es mejor que no lo sepa. Su juego encierra peligro, Jenny. Me sorprende usted.

—¿Por qué le sorprendo? Usted es guapo, arrogante. Me gusta. Es valeroso, un auténtico héroe. Aún recuerdo cómo nos salvó del tifón… Me siento atraída por usted. ¿No le complace eso? No pienso exigirle nada. Sólo lo que puedan pedirle las demás mujeres que deja en cada puerto…

Tenía los labios entreabiertos, húmedos, elevados hacia él en una ofrenda sensual. Kelly supo que hubiera sido muy fácil inclinarse y estrujar aquella boca con la suya. Pero se dominó. Retiró la mano de ella del brazo y negó con la cabeza.

—Lo siento, Jenny —dijo, cortante—. Usted no es como ellas. No resultaría.

Se dirigió al puente, sin añadir más. Ella, despechada, se mordió el labio. Como un huracán, alguien salió por el hueco de la escalera, enarbolando algo pesado en la mano, y se precipitó sobre Adam Kelly.

—¡No, Frank, no! —gritó Jenny Kellaway alarmada—, ¡No lo hagas!

Pero ya era tarde. Hawkins, como una centella, corría a espaldas del capitán, para golpearle el cráneo con una botella llena de brandy, al tiempo que le insultaba:

—¡Puerco, sucia y asquerosa rata de muelle…! ¡No ensucies a una dama con tus cochinas manos de bastardo…!

* * *

De haber golpeado la nuca de Kelly con la botella, hubiese abatido al joven capitán del *Zodiac* con una seria herida en el cráneo. Pero Hawkins, el celoso joven del cabello rubio y rizoso, no contó con la rapidez de reflejos del llamado capitán Dragón.

Este, cuando oyó las rápidas pisadas tras de él, y una sombra amenazadora se proyectó en cubierta a sus espaldas, no necesitó ni el grito de Jenny, algo tardío para haber impedido lo irremediable. Giró sobre sus talones con la velocidad del rayo, y alzó un brazo, el zurdo, parando el botellazo brutal que se le venía encima.

El recipiente de vidrio se estrelló contra su manga, causándole un doloroso calambre que le llegó al codo primero y a la clavícula después, dejándole el brazo zurdo casi inútil por el momento.

Pero el diestro no lo estaba ni mucho menos. Kelly disparó su puño con seca contundencia contra el mentón del enfurecido Hawkins, con tal potencia en aquel cartucho de dinamita que eran sus nudillos, que el joven expedicionario salió disparado hacia arriba, perdió contacto con el suelo de la cubierta, se fue contra la borda de babor, y volteó sobre ella, yendo directamente al mar.

Su cuerpo chapoteó, al sumergirse en el agua, virtualmente *groggy*. Kelly contempló con frialdad el espectáculo, sin mover sus abiertas piernas, firmes como columnas sobre el vacilante suelo de madera de la cubierta.

—¡Dios mío! —clamó Jenny, aterrorizada—, ¡Frank! ¡Ha caído al mar! ¡Puede morir ahogado!

—Lo merecía, ciertamente —silabeó Kelly.

Luego, se arrancó el chaquetón azul y la gorra, y se arrojó por la borda, nadando con fuertes y regulares brazadas hasta llegar al nivel de donde el medio inconsciente Hawkins pugnaba por mantenerse a flote sin demasiado éxito.

En la distancia, para terror de la muchacha asomaba a la borda, se

perfiló una veloz forma cortando como una cuchilla la superficie marina. Jenny Kellaway lanzó un agudo chillido de terror.

Aquella velocísima, cortante silueta que emergía del tranquilo mar javanés… ¡tenía forma triangular!

—¡Tiburones! —clamó ella—. ¡Kelly, un tiburón a su derecha!

Adam braceaba ya, de regreso al barco, arrastrando consigo a Hawkins, cuando giró la cabeza, viendo venir la aleta rígida del escualo por encima de las aguas, con la centelleante rapidez de un enemigo tan implacable y sanguinario.

Braceó con más fuerza, mientras Hawkins, aturdido a medias, pero recuperándose con rapidez gracias al frío de las aguas, pugnaba por mantenerse a flote con su propio esfuerzo.

—¡Vamos, Hawkins, nade usted con toda su fuerza hasta el barco, o ese tiburón nos dará alcance a los dos en pocos segundos! —le apremió Kelly, encorajinado.

El inglés se recuperó de golpe en ese momento, clavando sus aterrados ojos en la silueta triangular que emergía del escualo. Cada vez se hallaba más cerca el monstruo marino, atraído por la presencia de seres humanos en sus aguas.

Hawkins se despegó de Adam, nadando con fuerza hacia el yate, al que asomaban, asustados, los demás ocupantes, algunos de ellos empuñando rifles, que dispararon contra las aguas, a espaldas de Kelly, tratando de contener al tiburón.

Pero el salpicar de las balas en la superficie no detuvo en absoluto la veloz marcha del escualo, ya muy próximo a Adam Kelly, que sacó de su bota un cuchillo de ancha hoja, disponiéndose a luchar con tan amenazador adversario para proteger la vida de Hawkins.

—¡Allá voy con usted, *tuan*! —gritó Jahor, soltando el timón y precipitándose al agua con la elasticidad y precisión de los nativos habituados a buscar perlas, con un cuchillo entre sus dientes.

Ahora, Kelly tenía una ayuda valiosa en su enfrentamiento con el tiburón, que ya dirigía su primera dentellada mortal a las piernas de Adam. Este volteó en la superficie, sumergiéndose rápido, cuchillo en mano, mientras a poca distancia descendía como una flecha el cuerpo huesudo y ágil del joven Jahor.

Eludió otra dentellada Kelly, antes de lanzarle una cuchillada que rozó la resbaladiza piel del escualo, sin causarle daño alguno. Ya para entonces, Jahor atacaba a su vez, por el lado opuesto, logrando clavar una cuchillada en el vientre del monstruo marino. Una densa nube de

roja sangre tiñó las azules aguas radiantes.

El animal, dolorido por el impacto del acero, se revolvió furioso, agitando las aguas y tratando de cazar con sus temibles colmillos al agresor. Ese instante fue aprovechado a su vez por Kelly, que logró maniobrar hasta situarse bajo el vientre herido del pez, al que logró acuchillar dos veces en un punto vital.

Nubarrones de sangre cegaron por completo la visión en el interior del agua, pero el tiburón estaba ya herido de muerte y su cola agitaba con furia, sin lograr dañar a sus enemigos.

Emergieron ambos, no lejos del casco del *Zodiac*, mientras la superficie del mar parecía ahora una sangrienta laguna en un amplio radio de su superficie. En cubierta, ansiosos y alarmados, aguardaban todos, con el empapado Hawkins ya izado a bordo por los demás.

—¡Vamos, al barco, Jahor! —ordenó Kelly—. La sangre de ese tiburón atraerá pronto a otros más…

Alcanzaron el casco. Lord Kellaway y el mayor les arrojaron una escalerilla, izándoles a bordo. Ya en la distancia, eran visibles tres aletas de tiburón hendiendo la superficie de las aguas, en dirección a la gran mancha de sangre.

Apenas pisaron la cubierta, Kelly dirigió sus ojos enfurecidos hacia Frank Hawkins, a quien prestaba cuidados Jenny, arrodillada junto a él. El inglés se limitó a decir con voz apagada, mirando lastimosamente al capitán Dragón:

—Gracias, Kelly. Ha salvado mi vida. He sido un estúpido y no tengo perdón. Sólo espero que alguna vez pueda olvidar mi necedad, mi incalificable comportamiento con usted.

—Ya está olvidado —fue cuanto dijo Adam, secamente, encaminándose al puente con su fiel Jahor, que sonreía triunfalmente.

Se cambió de ropas en la cabina y miró a su amigo nativo con simpatía.

—Eres un gran chico —dijo—. Y muy valiente.

—Usted sí que es valiente. Y noble, capitán —declaró Jahor con orgullo.

—Ahora, confiemos en que éste sea el último incidente a bordo, antes de empezar a buscar a esa aguja en un pajar que es la maldita isla del Ictiosaurio…

—¿Cómo? ¿Es que usted no sabe, *tuan*, dónde está la isla del Ictiosaurio? —preguntó con gesto de extrañeza el muchacho javanés.

—Cielos, claro que no —Kelly arrugó el ceño, mirándole con

perplejidad—. No me dirás que *tú* lo sabes…

—Por supuesto, capitán, claro que lo sé —suspiró Jahor—. Desde que era niño…

—Dios mío, no es posible… —el marino fue hacia su ayudante y le tomó por los hombros, zarandeándole con fuerza—. ¿Por qué lo sabes? ¿Quién te dijo que se llamaba así?

—No me lo dijo nadie. Yo le puse ese nombre un día, siendo pequeño…

—¿Tu? —el estupor de Kelly iba en aumento—. Pero… pero ese nombre nos lo dio otra persona, Jahor… Un hombre llamado Doc Howard…

—Sí, el doctor —asintió Jahor con gesto de tristeza—. Lo recuerdo muy bien, *tuan*.

—¿Es que tú… conociste a Doc Howard?

—Así es. Le ayudé a recorrer esas islas, hasta que él mismo me dijo que había encontrado algo y podía volverme a Surabaya. Ya nunca más le vi. Me dijeron que murió. Pero no sabía que usted le conociera también…

—Escucha, Jahor. ¿Es que tú diste a Doc Howard el nombre de esa isla, diciendo que era isla del Ictiosaurio?

—Sí, *tuan*. ¿Hice mal?

—Por el amor de Dios, muchacho, ¿cómo sabías *tú* lo que era un ictiosaurio?

—Nunca lo he sabido —sonrió el nativo—. Pero cuando hacía la limpieza de un museo de Surabaya, siendo niño, miraba un dibujo en la pared, un cuadro con un pez muy raro, que me dijeron se llamaba así: ictiosaurio. Y al lado de ese pez, había una isla como la que yo bauticé luego con ese nombre, en recuerdo de ese feo pez…

—De modo que puedes conducimos ahora a esa isla…

—Claro. No es realmente una isla, *tuan*. Es un atolón… con un cráter apagado en medio.

—¡Un cráter! ¿Es un viejo volcán que emergió de las aguas, rodeado de arrecifes coralíferos en forma de atolón? —indagó Kelly, muy excitado.

—Sí, eso es, capitán —aprobó el muchacho—. Su verdadero nombre es isla Shamburo.

—Cielos, vas a conducirme ahora allí… pero sin revelar a nadie de la tripulación lo que has dicho, ¿está claro?

—Como la luz del día, capitán. Sólo usted sabrá todo eso, como me

ha pedido…

Y la sonrisa ancha y entusiasta del muchacho javanés, expresaba una total fe en su actual patrón, así como una determinación que nada ni nadie podría doblegar.

* * *

Allí estaba. Frente a ellos. El capitán Dragón la contempló, pensativo, bajo la visera de su gorra marinera, que prestaba sombra a una franja de su broncíneo rostro, protegiéndolo de la cruda intensidad de los rayos solares del trópico.

Podía ser cualquier cosa, pensó, menos una isla. De no mediar la providencial intervención del fiel Jahor, hubieran pasado quizás años sin relacionar aquel anillo coralífero, atolón que rodeaba la amplia laguna marina donde se erguía la boca de un viejo y apagado volcán submarino, surgido sólo Dios sabía cuántos años antes, en una de las zonas menos frecuentadas del mar de Java, al nordeste de allí, igual que las rutas marineras, habituales incluso en los pescadores nativos o en los buceadores perlíferas. En suma, un lugar cercano y remoto a la vez. Al alcance de la mano, en cierto modo. Distante como las estrellas en otro.

—De forma que es eso… —murmuró lentamente Kelly—. Eso es la isla del Ictiosaurio, o más bien la isla Shamburo, según su denominación oficial. Ni siquiera un puntito en el más minucioso mapa marino de la zona. Apenas nada…

—Eso es, *tuan* —afirmó Jahor con ingenuo entusiasmo—. Apenas nada. No entiendo por qué usted y el buen doctor tienen tanto interés en ese trozo de piedra volcánica, rodeada de corales por todas partes…

—Sí, eso se preguntaría, sin duda, todo el mundo. Sobre todo, si nos vieran anclar ahí o en sus alrededores —comentó el marinero, mirando pensativo al cielo azul, sin nubes, donde no era visible en absoluto la sombra inquietante del helicóptero por parte alguna—. De modo que seguiremos de largo, como si nada.

—¿De largo? —pestañeó Jahor, mirando sorprendido a su patrón—. Pero usted dijo…

—No importa lo que yo dije. Seguiremos como si nada sucediera. ¿Cuál es la isla más próxima, esa que se ve en la distancia?

—¿Esa? La isla Bakanjo. Un islote apenas…

—Bien. Anclaremos enfrente. Como si fuese nuestro objetivo, ¿está claro?

—Sí, patrón, claro que sí. Lo que usted diga —manifestó el nativo, sin entender lo más mínimo de todo aquello.

—Perfecto. Entonces, sigamos. Debe haber entre ambas islas cosa de dos millas…

—Sí, más o menos.

—Suficiente distancia para cubrirla sin problemas con traje de inmersión y bombonas de oxígeno —meditó en voz alta Adam Kelly.

Y sin aclarar sus palabras, salió del puente, dirigiéndose a la cubierta, donde el profesor Wasserman y lord Kellaway charlaban amistosamente en un punto de la misma, apoyados en la borda, señalando hacia los arrecifes de coral del atolón, bien ajenos a que aquél era el punto de destino por ellos soñado.

Kelly pasó junto a ellos, camino de la escalera de camarotes. Se cruzó con el mayor Marlowe y Hawkins, y bajó a la cabina donde almacenaba los equipos adecuados para inmersión. Comprobó por sí mismo el perfecto funcionamiento de los equipos, tanto en cuanto a indumentarias, gafas y demás, como bombonas de oxígeno y los tres *subscooters*, de color amarillo, naranja y blanco, respectivamente, preparados para cualquier emergencia. Satisfecho, salió, cerrando con llave y candado la puerta. Jenny salía en ese momento de su camarote. La advirtió con una sonrisa, al pasar:

—Suba a cubierta, por favor. Voy a reunirles a todos para contarles algo que sólo ustedes deben saber, sin posibles escuchas peligrosas. Creo que al aire libre, con el aire y el ruido del mar, será difícil que haya micrófonos ocultos, por sofisticados que sean los medios que nuestros adversarios utilicen, para interceptar nuestra conversación.

Intrigada, Jenny asintió, yendo a reunirse con los demás. Kelly comprobó que llevaba su revólver bajo la gruesa chaqueta de lana azul, y siguió tras ella, asomando a la cubierta cuando ya todos estaban allí agrupados, expectantes, y el fiel Jahor enfilaba el yate *Zodiac* hacia las costas de la isla Bakanjo.

—Vamos a anclar dentro de unos pocos minutos, señores —anunció Kelly serenamente, plantándose ante todos ellos.

—¿Eh? —se extrañó lord Kellaway, señalando al cielo—. Aún quedan algunas horas de sol…

—Lo sé. Pero no iremos más lejos. Ese islote, llamado isla Bakanjo, es nuestro destino —la señaló, directamente hacia la afilada proa que cortaba el mar.

Todos miraron en esa dirección. Ya era visible la franja de dorada

arena, bordeada de palmeras y vegetación frondosa, pero tremendamente rocosa en su interior.

—¿Es ésa la isla que buscamos? —indagó anhelante el profesor Wasserman.

—No —negó Kelly—. Pero podría serlo.

—Temo no entenderle, capitán —terció lord Kellaway, mordisqueando su pipa, ceñudo y sorprendido.

—Es sencillo, señor. Estamos siendo espiados. No conviene que nadie sepa adónde nos dirigimos. Ésta es una maniobra desorientadora para alguien que nos vigila desde el cielo, en un helicóptero azul, a partir de nuestra salida de Mindoro.

—¿Eso significa que usted *sabe* cuál es la isla del Ictiosaurio? —indagó el mayor Marlowe, escéptico.

—Así es —afirmó Kelly—. Lo sé con toda exactitud, señores.

Todos cambiaron una mirada de profundo asombro. Hawkins lanzó una imprecación entre dientes. Lord Kellaway se quitó la pipa de la boca y le señaló con su extremidad.

—No es posible, capitán —rechazó—. Usted me dijo'…

—No importa lo que les dijera. Sé cuál es esa isla y la razón de su extraño e inexplicable nombre. Una feliz casualidad ha permitido que lo llegase a saber. Bien, señores. En realidad nos estamos dirigiendo a una isla conocida por los nativos de estos mares como isla Bakanjo. Pero no es ése nuestro objetivo real.

—¿No? —Jenny enarcó las cejas, contemplándole absorta—. ¿Cuál entonces, Kelly?

—Otro islote que pasamos hace un momento. Apenas un peñasco emergiendo del mar, rodeado por el anillo de corales de un atolón. Un viejo y apagado cráter submarino surgido a la superficie hace quizá siglos…

—¡Ese! —exclamó Hawkins, estupefacto, mirando atrás y señalando a la isla Shamburo—. ¡Es ésa la isla que usted menciona, Kelly!

—Así es, Hawkins —sonrió Adam—. Pero no deseo correr riesgos. Nadie debe saberlo aparte de nosotros mismos. Esta noche, en cuanto oscurezca, nos vestiremos con trajes de inmersión y bombas de oxígeno, y partiremos bajo el agua hacia ese punto. No seremos visibles en la noche, usaremos los *subscooters* para consumir menos tiempo, energías y aire respirable.

—¿No será peligroso hacer de noche esa travesía? —objetó el mayor —. Al menos habrá dos millas entre un lugar y otro…

—Es casi exacto su cálculo, mayor —sintió Kelly—. Pero más peligroso resultará hacerlo a plena luz, siendo visibles para el helicóptero que nos espía. De modo que hemos de hacerlo como yo he dicho.

—Por mi parte, si ése es el lugar exacto, no hay inconveniente —aceptó lord Kellaway—, Pero ¿está totalmente seguro de que no hay error alguno en ello?

—Ni el más mínimo. Sé cuál es nuestro destino. Eso es suficiente.

—Pero en un simple atolón, rodeando un volcán apagado… ¿Cómo puede haber un valle llamado «de los cristales radiantes»? —objetó todavía Hawkins, perplejo.

—Estoy de acuerdo con este joven —corroboró el profesor Wasserman—. En un cráter de volcán no hay valles. Ni sospecho que haya diamantes, nativos con armas envenenadas… y menos aún el hombre-mono, el eslabón perdido que estamos buscando.

—Lo sé. Si ello no es así, el error no será mío, sino de Doc Howard —explicó pacientemente Adam Kelly—. Pero tengo la corazonada de que aquel infortunado investigador no se equivocó, y todo tendrá su explicación razonable, una vez en el lugar adonde hemos de dirigimos esta noche. Es todo. Ahora traten de descansar un poco y luego cenaremos algo ligero, antes de oscurecer, para que cuando emprendamos la inmersión no existan problemas digestivos. Yo también me retiro a descansar y se quedará Jahor al cuidado del timón, así como del anclaje del barco. Buenas tardes a todos. Les espero en la cabina comedor a las siete y media en punto.

Se dio por terminada la reunión. Todos se encaminaron a sus camarotes para reposar un par de horas. Momentos después, el silencio reinaba a bordo. Sólo el infatigable Jahor se mantenía al timón, brillando su bronceada piel oscura al sol poniente del mar de Java.

La superficie marina relucía como si fuese una mezcla radiante de oro y cobalto. En el inmenso cielo azul y cálido, a espaldas del yate, lo bastante lejano para no ser advertido por el nativo, un helicóptero cuyo fuselaje se confundía con el cielo, sobrevolaba las islas, esperando acaso algo que no había de tardar en producirse…

La llamada de un traidor…

Capítulo VIII

EL CRÁTER DEL PASADO

EL piloto del helicóptero se volvió a su acompañante en el asiento delantero.

—Maloney, avisa al patrón. La llamada por radio está aquí. Es urgente…

El llamado Maloney, hombre fornido, pero no grueso, pura fibra y músculo, de rostro inescrutable y anguloso, helados ojos pálidos como un aguamarina, asintió, girando la cabeza hacia la cabina posterior.

—Señor, ya está aquí la llamada que esperábamos…

Se abrió la cortinilla de la cabina donde viajaba cómodamente instalado el mismo hombre gordo y fofo que matara a Robin McCoy fríamente, allá en una oficina de un rascacielos de Nueva York. Los ojillos astutos y malévolos del hombre grueso brillaban con una mezcla de excitación y codicia.

—Bien, muchacho —aprobó, humedeciendo sus labios—. Creo que estamos haciendo un buen trabajo. Mi olfato me dice que estamos cerca del objetivo soñado…

Conectó un sofisticado aparato emisor y receptor de radio, y brotaron una serie de sonidos parasitarios, antes de que una voz comenzase a modular palabras con fría monotonía:

—Atención Pájaro Azul… Atención Pájaro Azul… Habla Londres Trece… Habla Londres Trece…

—Escucho, Londres Trece —respondió el gordo Lester Mannix—. Aquí Pájaro Azul. Aquí Pájaro Azul a la escucha. Cambio.

—Pájaro Azul, escuche. Mi comunicación ha de ser forzosamente breve. No dispongo de mucho tiempo. Esta noche iniciamos operación Hombre-Mono. Esta noche a primeras horas. Pero ocurre que los planes deben cambiarse. El capitán sospecha y ha elegido otro sitio para anclar. Indicaré punto exacto de destino. Confirme recepción perfecta. Cambio.

—Escuche. Aquí Londres Trece. Se trata de…

La voz se rompió. Una serie de sonidos confusos llenó el auricular. Molesto, Mannix se apartó, mirando furioso la emisora receptora. La voz de su interlocutor no surgía de nuevo. Algo lo estaba impidiendo. Alarmado, el hombre gordo intentó nueva conexión sin éxito. Cuando por fin logró captar algo, su sobresalto fue mayúsculo:

—Lo siento, amigo —decía una voz diferente, fría y dura—. Sospechaba que había un traidor, pero no sabía que fuese usted… Le he cazado con las manos en la masa. Su juego con esos rufianes asesinos se ha terminado…

Sonó un disparo al otro lado de la conexión. Furioso, Mannix esperó respuesta. No hubo nada. Sólo un «clic», cortando definitivamente la conexión.

Rápido, se precipitó hacia la cabina de los pilotos. Su voz sonó desencajada:

—¡Maloney! ¡Han sorprendido a Londres Trece mientras comunicaba! ¡Creo que sucede algo a bordo del yate y van a burlarnos ese maldito capitán y su gente! ¡Vamos, vuela deprisa! ¡Hay que acribillarles a tiros y coger algún prisionero para que hable! ¡Deprisa, deprisa, no perdamos tiempo!

El helicóptero arrancó vertiginoso, en dirección al islote donde estaba anclado el yate *Zodiac*. A bordo, los fusiles ametralladores de último modelo y alta precisión se prepararon para el ataque, así como un lanzagranadas portátil de gran efectividad en ataques aéreos.

* * *

—Dios mío… ¿Qué ha ocurrido aquí, capitán?

—Lo siento, lord Kellaway. Sorprendí a ese hombre emitiendo por radio a nuestros enemigos. Usaba el nombre clave de Londres Trece. Su comunicante, el de Pájaro Azul. Eso encaja perfectamente con el helicóptero que hemos visto en repetidas ocasiones. Al verse descubierto, intentó matarme. Pero fui más rápido que él…

—Cielos, ¿quién podía pensarlo…? —susurró el noble inglés, contemplando absorto el cuerpo del hombre abatido al pie del emisor de radio de a bordo, con una bala en el corazón, y una potente automática con silenciador en su mano derecha, que no había sido disparada siquiera—. El… un amigo… respetable… El mayor Kirk Marlowe…

—Tal vez cuando investigue su vida, descubra que no era tan rico ni respetable. La gente sufre vaivenes en su vida. Quizás necesitara dinero con urgencia, y pactó con unos criminales para apoderarse de una fortuna en diamantes. Hubiera preferido capturarle vivo, pero no me dio opción… —suspiró el capitán Dragón, moviendo la cabeza con pesimismo.

Tomó una manta que echó sobre el cuerpo sin vida. Hawkins, en la puerta, impidió que Jenny asomara para contemplar la escena. La llevó consigo, del brazo, explicándole lo sucedido. El profesor Wasserman aparecía ceñudo y preocupado.

—Ellos sabrán ya que su cómplice a bordo ha sido desenmascarado… —juzgó.

—Así es —confirmó roncamente Kelly—. Y eso me hace temer que pronto seamos atacados sin más paliativos por esa gente. Valdrá más estar preparados. Tomen sus armas. Yo dispondré la defensa de este barco, a la espera de la oscuridad de la noche…

Rápidamente, todos se dispersaron para buscar sus armas y disponer la defensa.

Por su parte, Kelly se preparó también para afrontar un riesgo que presagiaba ya inminente.

Para darle la razón, sólo unos minutos más tarde oía el ronroneo del motor aéreo, sobrevolando el yate.

E inmediatamente, crepitaron las armas de fuego. Las balas comenzaron a barrer rabiosamente la cubierta del barco. El ataque era ya una realidad.

* * *

Los fusiles ametralladores rugían furiosamente desde ambos lados del helicóptero azul, astillando la madera de la cubierta, en ráfagas constantes. Los vidrios de la cabina de mando y del acceso a los camarotes, estallaron en mil pedazos, barridos por los proyectiles.

Desde los ojos de buey o parapetados tras los parapetos que ofrecía la cubierta del barco, respondían al tiroteo los miembros de la expedición de lord Kellaway, pero no con demasiada fortuna, dada la movilidad y altura del helicóptero en sus pasadas constantes sobre el *Zodiac*.

Kelly, agazapado detrás del timón, disparaba en respuesta a esos ataques, con un fuego graneado de su propio subfusil, intentando hacer

blanco en el helicóptero de los cómplices del mayor Marlowe. Pero tampoco sus ráfagas tenían demasiada suerte en el empeño. Ellos, arriba, tenían toda la ventaja.

—¡Ríndanse y no les ocurrirá nada! —tronó una voz, desde un megáfono eléctrico, procedente del vehículo aéreo—. ¡Suelten las armas! ¡No queremos víctimas, sino cooperación! ¡Únanse a nosotros, o morirán! ¡Tienen diez segundos para elegir!

—Esos cerdos cumplirán su palabra —silabeó Kelly entre dientes, dirigiéndose a Hawkins, que era el más cercano a él, así como al amedrantado Jahor—. Hasta ahora no han hecho sino acosarnos. Si aciertan con sus disparos en el depósito de combustible, podemos volar por los aires.

—Eso significaría morir sin remedio… —jadeó alarmado el rubio inglés.

—Quizás. He tomado algunas precauciones, pero todo puede suceder, si nos alcanzan la gasolina. Este barco se convertiría en una hermosa antorcha en pocos segundos.

—¿Qué piensa hacer, capitán? No pensará entregarse…

—Es lo que ellos quisieran. Su compañero Marlowe no llegó a informarles sobre la isla del Ictiosaurio. Por tanto, necesitan saber adónde nos dirigimos en realidad, y para eso necesitan a algún prisionero con vida. Pero inmediatamente de extraerle los datos, le asesinarían. Sospecho que son gente sin conciencia, auténticos profesionales del crimen, asociados con el mayor en esta operación.

—Cielos, el tiempo que nos conceden puede agotarse en cualquier momento… —musitó Hawkins, muy pálido.

En ese momento, una columna de agua se elevó cerca de la popa del barco, sacudiendo a éste y provocando una convulsión marina en torno, con sordo estruendo. Kelly encajó las mandíbulas, con sus ojos centelleando de ira.

—Ya se ha terminado ese tiempo —silabeó—. Van a usar un arma peor de lo que imaginaba, Hawkins: un lanzagranadas. Si alcanzan el combustible, volaremos en mil pedazos. ¡Pronto, fuera del barco! ¡Orden a todos que se arrojen al agua, sin perder tiempo!

—Pero…

—¡No hay pero que valga! ¡Dé esa orden a todos! ¡Al agua, enseguida!

Hawkins salió corriendo, agazapado, dando voces de que todos se lanzaran al mar sin perder tiempo. Kelly respiró hondo cuando vio

saltar a sus compañeros de viaje y perderse en las azules aguas. Las balas les siguieron, en ráfagas crepitantes, mordiendo la superficie marina. El empujó a Jahor significativamente, y corrió tras él.

Ambos se lanzaron al mar, en pos de los restantes viajeros, dejando el yate solo. Apenas había nadado unas brazadas, cuando una granada disparada desde el helicóptero, alcanzó de lleno el depósito y reservas de gasolina.

Fue como si el mar se convirtiera de repente en un volcán auténtico. Mar, fuego, humo y fragmentos de hierro, madera y vidrios, saltaron por los aires, en un abanico dantesco, que alumbró el atardecer con fulgores infernales. Él estruendo de la explosión fue ensordecedor.

Y el *Zodiac* quedó destruido, convertido en pedazos que flotaban sobre el mar, mientras pavesas innumerables caían sobre el mar de Java, como residuo de la tragedia marina que pudo haber costado varias vidas humanas, de no mediar el oportuno aviso de Adam Kelly.

—¡Vayan sobre los nadadores! —rugió Mannix, a bordo del helicóptero—. ¡Rematen a todos menos a la chica, que está nadando allí, a nuestra derecha! ¡Disparen sobre todos, Maloney, pronto!

Era Mannix quien conducía ahora el helicóptero, mientras Maloney y el otro pistolero abría fuego con su fusil ametrallador y su lanzagranadas. El hombre fofo y grasiento hizo picar al vehículo aéreo, lanzándole, directamente sobre los nadadores que pugnaban por alcanzar las orillas de la cercana isla Bakanju, alejándose de los restos humeantes del yate de Adam Kelly.

Fue ése el momento que eligió, desde las aguas, el capitán Dragón. Sostenía aún su fusil ametrallador con una mano. Lo alzó. Apuntó cuidadosamente al helicóptero, a su motor. Apretó el gatillo. Lo tenía cerca. Muy cerca…

No podía fallar aquel blanco. Y no lo falló. Le dio de lleno. Motor y combustible fueron acribillados por la ráfaga desesperada que les dirigía el aventurero de los mares de China.

Y sobre las cabezas de los náufragos, se produjo un segundo cataclismo, cuando reventó en una formidable bola de fuego y humo el vehículo aéreo y sus ocupantes.

Una lluvia de llamas y restos del aparato, se desplomó sobre las aguas, tras la nueva tragedia. En pocos segundos, no quedaba nada de los asesinos ni de su azul helicóptero de la muerte.

Cuando alcanzaron la orilla arenosa, lord Kellaway, extenuado, se tumbó en ella, manifestando entre jadeos:

—Ahora, todo está perdido, capitán… Nunca llegaremos a ese islote volcánico sin medios para cruzar estas dos millas de agua…

—Se equivoca, señor —sonrió duramente el capitán—. Perdí mi yate, pero cumplí mi palabra. Les llevaré a ese volcán, en busca de su eslabón perdido. Mientras ustedes reposan, esperando la actividad de esta noche, yo temí lo peor y conduje a tierra firme los equipos de inmersión, los *subscooters* y bombonas de oxígeno, así como algunas armas y provisiones. Cuando hayamos descansado de esta odisea, lord Kellaway, emprenderemos el camino a su mítica y ansiada isla del Ictiosaurio, en busca del primer hombre de la Historia del Mundo… y de la fabulosa fortuna en diamantes de que habló Doc Howard…

* * *

Fue un fantasmal viaje por el fondo marino, alumbrado por los focos de los *subscooters* de brillante color.

Dos millas rodeados de algas marinas bellísimas, peces de radiantes colores, masas coralíferas de gran hermosura, y fascinantes acumulaciones de ostras perlíferas, musgos y líquenes poblados por fantásticas criaturas de las profundidades.

Ya no existía un peligro sobre sus cabezas, y la expedición nocturna a través de las aguas fue gozada en toda su plenitud por el grupo de expedicionarios.

Salvado el cinturón coralífero del atolón con sus arrecifes, se hallaron en la laguna interior, en cuyo centro emergía, sombrío y enigmático como un mundo desconocido y remoto, el cono volcánico apagado, misterioso, expectante en las sombras azules de la noche tropical, bajo aquellas estrellas que titilaban lejanas.

Tomaron tierra al pie del cráter que emergía del mar, casi totalmente sepultado en éste, acaso residuo de algún milenario movimiento terrestre, de alguna convulsión planetaria de tiempos remotos.

—Y ahora, a alcanzar la boca en cuanto claree —jadeó Kelly—. Dormiremos aquí, tomaremos algún alimento y, con las primeras luces del alba… Al cráter del volcán. Si existe el misterioso paraíso prehistórico mencionado por Doc Howard, es precisamente allí dentro, en las entrañas de esa forma rocosa en que ahora estamos, amigos míos.

Lord Kellaway asintió, extenuado.

—Dios le bendiga, Kelly —murmuró—. Aunque con dificultades,

creo que hemos llegado a nuestro destino. Me lo dice el corazón.

—Y a mí, señor, y a mí —manifestó gravemente el joven marino, evocando con gesto ensombrecido al entrañable *Zodiac* que nunca volvería a ver…

* * *

Remontar las paredes del cono truncado que era el cráter apagado del viejo volcán submarino emergido en algún remoto tiempo de las profundidades del mar de Java, no fue tan difícil como se pudiera haber pensado viéndolo desde la cubierta del desaparecido yate del capitán Dragón.

Pese a constituir las laderas un muro en pendiente inclinada de roca viva, lo cierto es que abundantes musgos y líquenes, en su mayoría causados por el contacto con las aguas marinas, emergían entre los abruptos moldeados de la lava petrificada, sirviendo todo ello de fácil senda para escalar la pendiente y llegar a la boca del volcán.

Luego, tras una mirada a su interior, se inició el descenso a sus entrañas. El volcán en sus profundidades umbrías, a las que sólo una breve parte podía alcanzar la luz solar directamente, y una sombra densa pero tibia otra zona mayor, estaba formado como un embudo del revés. Es decir, que tras su boca de acceso, una amplia concavidad rocosa aparecía salpicada de vegetación casi fosilizada, sin el menor rastro de existencia animal, para ir ensanchando su amplitud a medida que descendía de nivel, formándose el angosto cuello del embudo con el acceso rocoso que iban dejando atrás como boca de entrada al mundo misterioso del volcánico islote.

—Es como penetrar en otra dimensión —apuntó el profesor Wasserman, impresionado, mientras los fuertes y resistentes cables que formaban parte del equipo de Kelly, le servían para bajar hasta posarse en las firmes rocas de lava del interior, en una de sus anchas zonas del nivel inferior—. Aquí piensa uno que podría suceder cualquier cosa…

—Incluso surgir dinosaurios y pterodáctilos, por ejemplo —bromeó, aunque con tono preocupado, lord Kellaway, mirando en torno al oprimir el resorte de la potente linterna que colgaba de su cintura.

Los demás le imitaron, porque la luz solar ya muy tamizada allá abajo, y una penumbra azul intensa les rodeaba. El aire tenía un peculiar olor a sulfuro y humedad. Líquenes, musgos y plantas parduscas aparecieron en la claridad de los focos de luz de las lámparas

eléctricas. Se miraron entre sí los seis expedicionarios. Adam Kelly mantenía con firmeza su fusil ametrallador, y el fiel Jahor empuñaba un cuchillo, como si ese simple arma pudiera servir de algo ante los ignorados peligros del fondo de aquel cráter.

—Tal vez sea éste el auténtico camino hacia el centro de la Tierra —bromeó Hawkins, que cogía con fuerza la mano de Jenny Kellaway.

—Tal vez —dijo Kelly, encogiéndose de hombros—, Pero no hemos venido para tan largo viaje, sino en busca de un *Homo Sapiens* primitivo, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó el profesor—. De un *Homo Sapiens*… y de una fortuna en diamantes.

—Lo que menos me importa ya son los diamantes —confesó lord Kellaway amargamente—. Me conformo con hallar a ese hombre-mono o lo que sea. Si sólo hubiese habido un empeño científico en esta expedición, ahora no estaríamos sin siquiera una embarcación para regresar, y nuestro amigo el capitán no hubiera perdido su barco por culpa de unos desaprensivos y un traidor.

—No se preocupe por mí, señor —suspiró Kelly—, Amaba mi viejo barco, pero adquiriré otro, si salimos con vida de aquí. Lo tenía asegurado en medio millón de dólares. Pero si morimos en este lugar, no creo que me preocupen ya los seguros…

Siguieron avanzando, ahora cada vez con menos luz diurna sobre sus cabezas, a cada momento más profundamente internados en el viejo volcán. Alrededor suyo, sonaron aleteos extraños y rumores inquietantes. Una sombra pasó rápida ante los focos de luz. Jenny gritó. Lord Kellaway dio un paso atrás, derribando algunas piedras y disparándosele el revólver que empuñaba. La detonación resonó sorda, huecamente, dentro del recinto subterráneo, rebotando de pared en pared.

—No se asusten —susurró Kelly—. Era sólo un murciélago. Los hay a millares aquí dentro, a lo que veo. Pero su disparo, lord Kellaway, habrá sido oído a mucha distancia, si hay seres vivos alojados aquí dentro…

—Lo siento —tartamudeó el noble inglés—. No pude evitarlo. Me resbaló el dedo en el gatillo y…

—Está bien, no se disculpe —cortó Kelly—. Pudo ocurrir— nos a cualquiera. Pero extrememos precauciones. Algo me dice que no todos los ruidos que hemos oído eran producidos por el vuelo de los murciélagos…

—¿Qué quiere decir? se inquietó el profesor Wasseman.

—Sólo eso: hay otras formas de vida aquí dentro que esos roedores alados…

Siguieron avanzando en una creciente oscuridad. Curiosamente, la vegetación aumentaba de volumen a medida que se internaban en el embudo rocoso. Pero eran plantas de rara configuración, propias de lugares adonde la luz solar llegaba difusamente. En su mayoría, estaba formada de hongos, musgos y tallos que se retorcían entre las rendijas pedregosas, a causa de la intensa humedad reinante en el interior del volcán, quizás motivada por filtraciones marinas.

Quizás llevaban media hora o más de profundización en las penumbras del cráter, cuando unas piedras rodaron cerca de ellos, y Kelly se revolvió vivamente, enarbolando su fusil ametrallador, con brusca alarma. Con él giró el chorro de luz de su lámpara… ¡y el extraño ser fue visible, nítida y claramente visible por un fugaz momento, antes de desaparecer como un fantasma en las más profundas sombras de un pasadizo subterráneo!

—¡Dios mío! —jadeó Kelly, engarfiando el dedo en el gatillo del arma, sin atreverse a disparar. Atrás, sonaron imprecaciones de enorme sorpresa.

—¡Es él! —clamó lord Kellaway, desconcertado—. ¡El *Homo Sapiens*!

—Cielos, no puedo creer a mis ojos… —susurró el profesor Wasserman, con ojos desorbitados—. Esa criatura que pasó ante nosotros… No hay la menor duda. Era… era un *pithecanthropus*, sin lugar a duda. El cruce exacto entre un gibón y el posterior hombre inteligente… Es decir, un contemporáneo del «hombre de Java» o el de Pekín… El primer *homo erectus* tocado por la mano de Dios para convertirlo en ser inteligente…

—Yo he visto solamente a una especie de simio con escaso vello, cráneo ligeramente parecido al del hombre, ojos estrechos pero brillantes y vivaces… y que caminaba *totalmente de pie* sobre sus extremidades inferiores… como nosotros mismos.

—Así es —confirmó roncamente lord Kellaway—. Rostro inteligente en una faz simiesca, caminando sin problemas sobre sus pies… El ejemplar exacto que cambió la historia del Mundo. El hijo de Adán, si hemos de decirlo en términos bíblicos… o *el propio Adán*, sobreviviendo a más de doscientos cincuenta siglos de antigüedad… ¡Parece imposible, Kelly! Lo hemos conseguido. ¡Lo hemos visto! Doc Howard tuvo razón…

En ese momento, algo silbó en el aire. Jahor lanzó un grito ronco y cayó de bruces en tierra, revolcándose. Alarmado, Kelly le contempló.

Las luces se proyectaron sobre el muchacho javanés.

Mostraba una lanza clavada en un muslo vibrando todavía, medio hincada en su carne. Con un rugido, Kelly la arrancó de la herida, y contempló la sangre negruzca brotando del boquete. Este tenía los bordes levemente verdosos.

—¡Nos atacan! —rugió—. ¡En eso también tuvo razón Doc Howard!

Iban a parapetarse cuando surgieron de las sombras una serie de figuras chillonas, excitadas, agitando lanzas y armas primitivas en sus manos. Formaron un cerco completo en torno de ellos. Lord Kellaway, lívido, señaló al infortunado Jahor, que se agitaba en tierra, mientras Kelly intentaba tirar de él para ocultarlo.

—Son ellos, Kelly… —gimió el aristócrata inglés—. Vea esa herida. Está emponzoñada. Me temo que a su pobre amigo le quede poco tiempo de vida. El veneno actúa inexorablemente, hasta paralizarle del todo y causarle la muerte… ¡Son la gente de armas venenosas de que habló Doc Howard! Si nos resistimos, moriremos todos…

Parecía bien cierto. Las lanzas y armas amenazaban a todos y cada uno de ellos ominosamente. Jahor se agitaba convulso en tierra, con ojos desorbitados. Kelly vaciló, dudando entre seguir su impulso y barrer a un buen puñado de aquellos seres semidesnudos, de piel aceitunada y trazos oblicuos faciales, que habían emergido de las sombras del cráter, dispuestos a exterminarles, o evitar que aquellas rudimentarias armas ponzoñosas terminaran con todos ellos.

—Malditos salvajes… masculló, colérico, con ojos centelleantes, aún indeciso.

—Entregaos, blancos —ordenó una fría voz, en mal inglés—. Estáis en poder de Sukawar y los hombres del cráter. Si os resistís, seguiréis la suerte de ese nativo traidor que sirve a los extranjeros… Moriréis todos sin remedio.

—¿Y si nos entregamos? —quiso saber Kelly, mirando fríamente al hombre también aceitunado, de facciones orientales, con un trapo rojo envolviendo su cabeza, y un largo machete de hoja teñida por alguna sustancia verde, que había emergido entre los demás hombrecillos de las profundidades, hablando en su propia lengua.

—Seréis juzgados por nuestro dios —sentenció el otro—, Sukawar os promete que si no sois culpables de nada malo, se os dejará ir en paz. No tenéis otra alternativa. Nuestras armas provocan la muerte en pocas horas.

Kelly respiró hondo. Miró a los demás. Si hubiera estado solo, no

sabía lo que hubiese decidido. Pero le acompañaban cuatro seres cuyas vidas dependían de él. Jahor, por desgracia, parecía ya descartado. Si el veneno era tan activo, no tenía remedio posible.

—Está bien —murmuró de mala gana, tirando el subfusil al suelo—. Nos rendimos. Tirad todos las armas. No tenemos la menor oportunidad de salir vivos de aquí si luchamos con esta horda.

Las armas llovieron sobre la dura piedra del suelo. El nativo dio una orden a sus hombres. Estos tomaron las armas con rapidez. Luego les rodearon, apoyando sus temibles armas en su piel. Les empujaron con escaso miramiento, aunque sin herirles.

—Vamos —dijo Sukawar—, El dios Kaloa espera para tomar su decisión.

—¡Kaloa! —silabeó lord Kellaway, alarmado—. Doc Howard lo mencionó… Dijo que era preciso tener cuidado con él… No pude imaginar que fuera una deidad…

—Lo es —afirmó Sukawar con ojos centelleantes—. Nuestro dios supremo. La divinidad de las profundidades de este mundo que el hombre blanco no debe profanar. Es nuestra última tierra sagrada, el reducto final de mi raza y de su futuro…

—Creo que sois un puñado de fanáticos enclaustrados en un mundo de oscuridad y de barbarie intencionada. Fuera de aquí, el mundo es divertido. Vuestros hermanos de raza conviven con otras razas y caminan juntas por el sendero del progreso y la civilización, sin estancarse en el pasado…

—¡Todos traicionan nuestros ritos, costumbres y tradiciones! —clamó Sukawar con tono fanatizado, llameantes sus negras pupilas—, ¡Mi pueblo debe volver a sus raíces para no dejarse explotar ni engañar por esos extraños que vienen de todas partes para corromper nuestra raza! Yo hago frecuentes viajes al exterior, yo convivo con gente como nosotros, sin que nadie sepa que aquí, en este olvidado rincón del mar, mi pueblo vive feliz, en tiempos como el pasado…

—Estáis locos. Pero tú eres el peor de todos ellos —dijo Kelly con frialdad—. ¿No temes que si salimos de aquí con vida, si tu dios Kaloa nos absuelve de toda culpa, podríamos revelar a los demás vuestra existencia en esta madriguera?

—Temo algo más que eso: vosotros venís porque aquel viejo doctor loco escapó de aquí con vida, llevándose uno de los diamantes de nuestros yacimientos. Para eso venís ahora: para arrebatarnos nuestra única riqueza, lo que nos pertenece…

—Te equivocas —replicó lord Kellaway, apacible—. Quedaos con esos diamantes. No me interesan. Esta aventura desdichada ya nos ha costado bastante cara. Vinimos en busca de un hombre-mono, eso es todo…

—Ah, el hombre-mono… —rió Sukawar sardónico—. También el viejo doctor decía lo mismo. Pero arrancó un gran diamante y se lo llevó cuando pudo escapar malherido… El hombre-mono vive en alguna parte de este cráter, pero rara vez hemos podido verle. Siempre se escurre en lo más profundo. Ignoramos si vive solo o forma tribu, si tiene un millón de años o solamente veinte o treinta. Pero sé que no os conformáis con buscar a ese ser. Nunca saldréis vivos de aquí. Sería el fin de nuestra especie…

—Tú prometiste… —comenzó Kelly, alterado, llevando en brazos al malherido Jahor.

—¡No prometí nada! —bramó airado Sukawar, revolviéndose hacia él como una fiera—. ¡Soy el amo y señor de estos lugares, y no tengo por qué hacer promesas! Sólo dije que Kaloa decidiría… y Kaloa siempre decide lo mismo contra los extraños: ¡muerte!

—Creo entender —silabeó el capitán Dragón sombríamente—. Kaloa es… un dios cruel, el espíritu de la muerte de tu pueblo…

—Así es —afirmó Sukawar parándose de repente—. Mira— lo ahí… presidiendo el valle de los Cristales Radiantes, como llama mi pueblo a este lugar…

Fascinados, incrédulos, todos se detuvieron. Sus lámparas hacían arrancar millones de fulgores irisados, miríadas de destellos del más fantástico paisaje subterráneo imaginable: una especie de hondonada rocosa, en el corazón del volcán apagado, cubierta por peñascos cristalinos, diamantes en su más puro estado, en cantidades ingentes, que nadie había arrancado aún de la tierra…

Y al fondo de todo, tallado en aquel carbón fulgurante y hermoso, como una estatua de diamantes fabulosa, un feo y horrible idolillo, una deidad que sólo podía simbolizar la muerte y el odio…

Kaloa, el dios de aquellos fanáticos encerrados en un mundo del pasado.

Capítulo IX

RETORNO AL MUNDO

—ME… muero, *tuan*… —jadeó el infortunado Jahor, en brazos de Kelly—, Siento cómo se va paralizando mi cuerpo poco a poco… El frío de la muerte me llega, amigo mío…

—Oh, Jahor, ¿qué podría hacer por ti? —gimió Kelly, depositándole en aquel suelo cristalino, de diamante puro—. Ha sido todo culpa mía. No debí traerte conmigo a esta desgraciada aventura…

—No, no —sonrió el moribundo dulcemente, mirándole—. Nadie tuvo culpa de esto. Sólo mi mala suerte… y el destino. Los orientales creemos mucho en el destino, *tuan*. Sé que me espera una vida mejor y más larga allá donde ahora voy… Siéntase feliz por mí, señor… No sufrirá ya nunca más… Nunca…

Sonrió, y se desvaneció. Kelly se incorporó, sombrío. Sabía que esa agonía duraría horas. Horas de dolor, fiebre, delirio… Como en el caso de Doc Howard. Para terminar en la parálisis total y la muerte. Miró a los nativos fanáticos que protegían el resplandeciente tesoro natural formado por suelo y muros de aquel valle subterráneo presidido por el siniestro ídolo del dios Kaloa, señor de la muerte y la venganza.

Y tomó su decisión fría, implacable, definitiva.

—Intenten escapar —dijo en voz baja a Hawkins—. Corran todos a la salida de este recinto. Voy a jugar a perdedor. Lo que somos, después de todo. O muertos todos… o nada.

E inesperadamente, hundió su mano bajo la gorra de marinero que cubría sus rebeldes cabellos. Extrajo algo que asombró a todos sus compañeros. ¡Dos granadas de mano cuyas lengüetas arrancó sin vacilar de un doble mordisco!

—¿Qué haces? —aulló Sukawar, retrocediendo horrorizado.

Y empezó a gritar algo, órdenes desesperadas a sus nativos salvajes. Pero ya Kelly, decidido, arrojaba las dos granadas simultáneamente contra el denso núcleo de cuerpos aceitunados y semidesnudos.

Mientras las granadas estallaban y los demás corrían fuera de aquel recinto, Kelly se agachó, cargó al moribundo Jahor en su hombro como un fardo, y su diestra extrajo otras dos granadas de un amplio bolsillo de su chaquetón azul. Les quitó el seguro igualmente, arrojándolas sobre el suelo de diamantes, a los pies de Sukawar y su tribu subterránea.

Llamaradas violentísimas, desgarrando cuerpos humanos, saltaron por doquier, entre alaridos de intenso dolor y gritos de sobresalto. Sukawar alzó su lanza para herir a Kelly, dominado por una ira frenética.

En ese momento, una sombra rápida y sigilosa apareció a espaldas del caudillo nativo. Unas manos velludas, gigantescas, entre simiescas y humanas, arrebataron la lanza ponzoñosa de manos del cabecilla javanés. Luego, esas mismas manos trituraron con suma facilidad la nuca de Sukawar, arrojando su cadáver violentamente contra sus atemorizados y dispersos esbirros.

La confusión en el valle de los Cristales Radiantes era total. Tras las cuatro potentes explosiones de las granadas que el capitán Dragón llevara ocultas en sus ropas, en previsión de una situación desesperada como aquélla, el suelo y muros habían comenzado a temblar. Allá, cajo sus pies, se oía resquebrajamientos amenazadores y un extraño crepitar, como un hervor infernal.

Adam Kelly, enfrentado de súbito al misterioso «eslabón perdido» en persona, acaso al último mono —¿o al primer hombre?— contempló aquel rostro simiesco, pero de expresión inteligente, que le estudiaba a su vez, entre curioso y amigable. Una especie de sonrisa asomó a la faz velluda pero inteligente del *Anthropithecus* viviente, el *Homo Sapiens* primitivo, por vez primera visto al natural y no en fósil, fantástica e inexplicablemente vivo en las entrañas de un cráter olvidado del mar de Java…

—Dios mío… —susurró, notando temblar el suelo bajo sus pies—. Tú… Mi propio pasado… El padre de la Humanidad… Dime, Hombre, ¿vives solo aquí? ¿Formas tribu? ¿Cuál es tu edad real? ¿Cuándo puso Dios su mano en tu cuerpo de simio, para dotarte de alma, sensibilidad e inteligencia…?

Todos corrían. A espaldas suyas, lejanamente, oyó la voz de Jenny, gritándole:

—¡Pronto, Kelly, venga con nosotros! ¡Esto empieza a derrumbarse todo! ¡Algo hierve en la profundidad del cráter!

—¡Creo que se aproxima una erupción, Kelly! ¡Escapemos, no se demore! —aulló la voz de lord Kellaway, distante ya.

Pero el capitán Dragón, atónito, confuso, no podía quitar sus ojos de aquella mole enorme que tenía ante sí, aquel cuerpo mitad de simio, mitad de homínido, caminando sobre sus pies, mirándole casi con simpatía… quizás con comprensión, mientras los aterrorizados nativos escapaban de allí en otra dirección, y el ídolo de diamantes empezaba a tambalearse sobre un suelo resquebrajante y ruidoso.

El hombre primitivo, el «eslabón perdido» viviente, no contestó. Acaso no tenía voz, no modulaba palabras aún. Y si lo hacía… no quiso pronunciarlas en ese momento.

Sólo puso su enorme, recia mano capaz de triturar a cualquiera, encima del hombro de Adam Kelly.

Y le sonrió. Le sonrió ampliamente, con cierta tristeza. Como en un saludo y una despedida a la vez…

Luego dio media vuelta, echó a correr… Kelly le gritó:

—¡No, vuelve! ¡Vuelve, Hombre, amigo…! ¡Escapa conmigo de este infierno, ahora que aún es tiempo! ¡Fuera te espera el mundo, *tu* propio mundo…!

Nunca supo si le oía o no. No respondió. No volvió. Se perdió para siempre en las oscuras profundidades del cráter, acaso sabedor de que iba hacia su autodestrucción… o acaso sin saberlo.

Kelly se decidió. Corrió en pos de los demás, sin soltar al bueno de Jahor. Pronto se reunió con los demás. Ascendieron con rapidez hacia la boca de salida del volcán, cuya base crujía ya amenazadoramente. El aire olía fuertemente a sulfuro, a algo caliente y ominoso que venía de sus entrañas… Aquel rescoldo en reposo durante años y años, ahora se estremecía, despertando del letargo por el efecto en cadena de las explosiones y sus consiguientes desmoronamientos de piedras y lava endurecida.

De un momento a otro, aquel lugar sería una infernal chimenea en brutal expansión devastadora…

Mientras la carrera hacia la salida continuaba contra reloj, escalando muros y reptando por los cables colgados de la boca del cráter, Kelly iba pensando en aquella singular y fantástica paradoja del destino que le había permitido ser a él, precisamente a él, que sólo había hecho aquel viaje por lucro, enfrentarse personalmente por única vez, acaso primera y última en la historia de la moderna Humanidad, con el auténtico «eslabón perdido» que los demás, científicos e investigadores, habían

buscado fervorosamente.

Sólo él, un vulgar marinero mercenario, un aventurero, había visto, había hablado, había sido tocado, incluso, por el único ejemplar existente en el planeta, del hombre primitivo, del momento crucial en que un simple mono, un antropomorfo, se había convertido, por el prodigioso toque de la Mano de Dios, en un ser inteligente, sensible, con alma y con cerebro…

¿Había toda una tribu de esos fantásticos *Homo Sapiens* en las entrañas del volcán perdido? ¿Había sólo un ejemplar con millones de años sobre sus espaldas? Eso, sólo su Padre, sólo Dios, podía responderlo. El, los demás, el mundo todo, jamás podría responderse a tal pregunta…

Cuando llegaron al exterior, se deslizaron dando tumbos por la ladera que ya temblaba con la proximidad de la erupción. Alrededor de ellos, las aguas se agitaban, convulsas por el inmediato cataclismo…

Y, por fortuna, allá en el cielo azul, por encima de la misteriosa isla del Ictiosaurio, cuatro o cinco helicópteros de transporte de las fuerzas navales indonesias, sobrevolaban la zona, quizás atraídos por la explosión del *Zodiac* y del helicóptero de los bandidos.

Exasperadamente, hicieron señas a los aparatos, cuyos pilotos se precipitaron con rapidez hacia el centro de la laguna del atolón, al darse cuenta de lo precario de la situación de aquel lugar, próximo a una erupción volcánica de imprevisibles consecuencias para los que pedían su auxilio con tal urgencia.

Todo fue cuestión de minutos. Apenas cargados a bordo de los helicópteros, por los pilotos militares indonesios y personal de la Cruz Roja, el mar y el atolón todo comenzaron a temblar violentamente. Un chorro de fuego y humo brotó por la boca del cráter, y éste reventó en un apocalipsis dantesco de ruido y resplandor, conmoviendo todos los contornos.

Los helicópteros se alejaron, con su tripulación y pasajeros, mientras la isla del ictiosaurio se perdía definitivamente, en un caos de fuego y cenizas, borrándose para siempre de la superficie marina del mar de Java.

—Adiós diamantes… Adiós «eslabón perdido»… —susurró tristemente lord Kellaway, despidiéndose patéticamente del lugar, la mirada fija en el lugar del cataclismo.

—Adiós… Hombre… adiós, amigo… —fue, en cambio, la despedida murmurada entre dientes por el capitán Dragón, hacia el centro del

cataclismo, recordando aquel rostro, mitad simiesco, mitad humano, de un ser que pudo haberle aniquilado, y sin embargo le mostró su amistad.

Un ser que nunca sabría si pereció allí por fin, borrándose el único «eslabón perdido» o, una vez más, sobreviviría, para continuar oculto en algún remoto rincón del planeta Tierra…

EPÍLOGO

—HAS vuelto… ¡Has vuelto, Adam! Cumpliste tu palabra…

—Te lo dije —sonrió Kelly con gesto melancólico, entrando en la casa de madera y cañas, un soleado día de Surabaya—. He vuelto. Y quizás para no irme más, Tagora,…

—¿Qué dices? —se asombró la hermosa nativa—. Pensé que esa mujer blanca…

—No, Tagora —suspiró él, dejándose caer en la cama perezosamente —. Pudo haber sido, te seré sincero. Si yo hubiera dicho una sola palabra ella hubiera aceptado. Pero no. No era mujer para mí. Rica, habituada a su Londres, su sociedad, su dinero, sus círculos sociales… No, Tagora. Mi vida es otra. Mi vida es esto: Surabaya, sitios como éste… Un mundo distinto. Mejor para mí, quizás. Voy a comprar un nuevo barco con el impone del seguro. Pero navegaré cerca, siempre cerca. Creo que he encontrado el sitio donde anclar.

—Oh, Adam, eso es maravilloso… maravilloso… —casi sollozó ella.

—Creo que lo es para los dos, cariño —sonrió Kelly—. Después de todo, vivimos en la cuna de la Humanidad, ¿lo sabías?

—¿Qué quieres decir?

—No, nada. Es igual. No lo entenderías, después de todo. Ni hace falta. Es algo que yo sé… y que no tengo por qué contar a nadie jamás. Lo que cuenta es que me quedo. Y que a un buen amigo, Jahor, a quien daba por muerto, le ha salvado la Cruz Roja, amputándole de inmediato una pierna en el mismo helicóptero… Eso salvó su vida. El veneno no había subido aún lo suficiente. Quedará cojo, pero vivirá. Y será mi compañero en mis viajes. Buscaré perlas, mercancías, no sé… Pero mi puerto será éste, Surabaya. Y mi albergue, este techo. Al menos, hasta que te compre una casa mejor. Todo se andará, Tagora. Todo se andará.

—Te quiero a ti, Adam. ¿Qué me importa a mí una casa nueva? —dijo ella, radiante.

Y su hermoso cuerpo se lanzó sobre el lecho, impetuosamente, abrazándose a Kelly, dispuesta a no permitir que se marchase de nuevo por largo tiempo, decidida a mantenerle durante toda una vida junto a ella, ahora que parecía haber conseguido que el barco errante que era la vida del capitán Dragón, anclase definitivamente en un puerto fijo…

FIN